TEMAS SEXUALES



A. MARTIN DE LUCENAY

la prostitución

1'25 PTS.

TEMAS SEXUALES

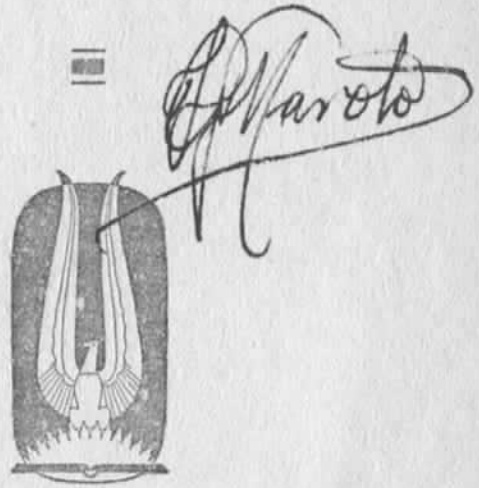
BIBLIOTECA DE DIVULGACION SEXUAL

23

A. MARTÍN DE LUCENAY

LA PROSTITUCIÓN

Historia de la prostitución.—Ventajas e inconvenientes. — Psicología de la prostituta. Cómo se ejerce la prostitución en todo el mundo.—Su decadencia y la vida moderna. La lucha contra la prostitución.



EDITORIAL FENIX

FERRAZ, 27.—APARTADO: 8025.—MADRID

PRIMERA EDICION
JULIO 1933

DERECHOS
RESERVADOS

PRINTED IN SPAIN

IMP. ZONA ASCASIBAR.—MARTIN DE LOS HEROS, 69.—MADRID

PRÓLOGO DEL TEMA

LA prostitución resulta ser un problema moderno cuyo origen se remonta a las edades más antiguas de la Humanidad, pero que nunca preocupó tanto como ahora a los moralistas, sociólogos y médicos, precisamente cuando parece que tiende a desaparecer, aunque sea imposible que desaparezca del todo. Este "mal necesario" ofrece aspectos innumerables y puntos de vista muy diferentes para ser tratado en todos los órdenes morales, sociales, económicos é higiénicos de la vida. Así vemos que si en un aspecto no hay más solución que combatir con toda energía el mal, en otros arribaríamos a un punto bastante peligroso para el equilibrio perfecto de la masa social, de donde se deduce que si pesamos las ventajas y los inconvenientes, nada de particular tendrá que permanezca en el fiel la balanza.

Los sociólogos dicen que la prostitución es una "enfermedad del cuerpo social", y esto porque los sociólogos no son moralistas; los moralistas, los filósofos y los teólogos, como no son sociólogos, afirman que es un mal necesario para que puedan existir otras virtudes». Y nosotros, sencillamente, afirmamos que la prostitución es una porquería, un morbo colectivo, porque de él se derivan infinitas enfermedades que representan uno de los más potentes factores de degeneración de la raza.

No obstante, como veremos luego, la prostitución adopta formas muy diversas, y en esta variabilidad se encuentra un aumento o una atenuación de los peligros sociales, morales e higiénicos, según la "categoría" de la prostituta y los medios en que ésta se desenvuelva para la práctica de su oficio. En razón a mis investigaciones y otras circunstancias profesionales, creo que he podido conocer a las prostitutas de todos los pueblos de la Humanidad para poder afirmar, sin lugar a dudas, que en el fondo, "todas son iguales", aunque la forma sea tan variable como la diferencia que existe entre la vieja hetaira que—hablando, por ejemplo, de Madrid—en las tapias del Botánico, en las inmediaciones del cuartel de la Montaña, en la ronda de Valencia, etcétera, presta sus servicios sexuales por la módica suma de veinticinco

céntimos como máximo, hasta la "vedette", que exige cinco billetes de mil pesetas en un cheque discreto.

No obstante, aun dentro de este sentido netamente económico que la prostitución tiene para la mujer y que es lo que las iguala a todas, ¿cuantísimas son las variaciones que caben?... Mientras unas no hacen más que ir tirando de la vida como forzadas de una galera, otras levantan palacios y hacen fortunas cuantiosas, y hasta intervienen en los negocios del Estado, como favoritas de reyes, presidentes de Repúblicas, ministros, jefes de Policía, etc., a veces con un descaro que pasa a ser histórico, como se advierte con solo darse una vuelta por las hojas de los registros pretéritos de la vida de los pueblos...

Prescindiendo de estos aspectos, resulta que la prostitución tiene entre todo lo malo algo bueno que siempre ha sido estimado, por el hecho indiscutible de que ha existido en todas las sociedades humanas mejor o peor organizadas, desarrollándose y prosperando desde la raza más salvaje a la más civilizada. Además, si consideramos que en todas las religiones ha tenido cabida, y aún existe en ciertos dogmas, es indudable que su importancia está por encima de las apreciaciones vulgares de la comunidad social, aunque verdaderamente se preste a ser discutida en un severo afán de análisis crítico.

No han valido las vigorosas prédicas de todos los que la han combatido para modificar sus expresiones, lo que demuestra que cumple una función de no escasa importancia y de muy difícil sustitución, ya que en el fondo de su significado existe un "algo" que impide a los órganos sociales sustituirla por una modalidad equivalente. Sólo la reforma del matrimonio, el amor libre o la legislación rusa, pudieran ser procedimientos adecuados para "casi" suprimirla, pero jamás se logrará su completa eliminación, y menos a medida que los tiempos corren y la mujer goza de libertades que antes eran coartadas por la moral y los prejuicios de toda índole.

Hay un peligro gravísimo: las enfermedades venéreas, y, sobre todo, la sífilis. Los abolicionistas y reformadores han tenido materiales suficientes para sostener sus teorías en esta consecuencia inevitable que tan directamente afecta a la salud de la raza, dándose la extraña paradoja de que precisamente los que hablan en nombre de la moral tienen que oponerse a la desaparición de este mal tan necesario para la salvaguarda de otros principios morales artificiales.

A pesar de todas estas contrariedades tan evidentes, Venus Pandemos tuvo un templo que se erigió con los tributos que sobre las casas de lenocinio impuso Solón, origen histórico de la participación que reclaman los Estados en los beneficios que obtienen las alegres mujeres—¡tan tristes!—haciendo granjería de sus cuerpos. Hasta los mismos Cruzados que marcharon a Jerusalén impulsados por el ardor religioso de su amor a Cristo, cuyo sepulcro querían rescatar de manos de los infieles, llevaban a una verdadera legión de mujeres alegres que se encargaban de hacerles más llevadera la ardua empresa, lo que nos

prueba que estas mujeres no eran entonces tan despreciables como ahora se intenta presentarlas a los ojos de la moral reinante.

Claro es que no todos los aspectos resultan plausibles, y de aquí que necesariamente se haga preciso intentar armonizar unas modalidades con otras, demanda verdaderamente estéril en la que se ha perdido mucho tiempo, tanto en los tiempos pasados como en los presentes y hasta en los que han de venir...

HISTORIA DE LA PROSTITUCION

Definición.—Desarrollo de la prostitución profesional.—En los pueblos salvajes.—En la antigua Babilonia.—La prostitución religiosa en Grecia. Los primeros prostíbulos.—Clases de prostitutas. Todo está igual...—En Roma.—La historia de Rómulo y Remo.—El rapto de las Sabinas.—Cómo funcionaban los lupanares.—Las raíces de la prostitución actual.—La procreación.—Como factor del matrimonio.—En Oriente.—Ensayos de reglamentación.

Los orígenes de la prostitución, no puede decirse que se remonten a los primeros tiempos de la Humanidad, al menos si vamos a analizarla en su aspecto económico y en el sentido que admitían el doctor Rey y otros definidores, diciendo que es "el acto por el cual una mujer se entrega a todos los hombres, sin distinción alguna, y mediante un *pago de dinero* o equivalente permite el uso de su cuerpo". Paret-Duchatelet empleaba la palabra "prostitución", diciendo que sólo puede aplicarse "cuando se comprueban diversos casos de haberse entregado y su repetición, cuando la mujer es conocida públicamente como tal, cuando hubo detención y el delito se descubrió en el mismo momento por testigos o agentes policíacos". Schrank resume estas características diciendo que la prostitución es "la deshonestidad practicada como negocio con el cuerpo humano", y Louis Blanc afirmaba que "es la venta del dulce nombre del amor".

Entre estas definiciones tan variadas y discutibles, no ahora solamente, sino en todos los tiempos, vemos que no se encuentran las mujeres que en las edades primitivas se sometían a las leyes sociales de la promiscuidad sexual. Así, pues, lo mismo que el matrimonio, relación que ya hemos explicado en otro volumen, la prostitución ha de asentarse sobre un principio económico, pues en otro caso, el hecho de que una mujer se entregue a varios hombres puede tener una explicación biológica natural, o bien patológica, como en los casos de ninfomanía de que ya hemos hablado.

En los tiempos en que la leyes no eran otra cosa que la libre manifestación de los instintos naturales, cuando no existían trabas

ni necesidades económicas tan acentuadas como en los días presentes, la promiscuidad no obedecía a motivos exclusivamente sentimentales, si bien todos los individuos necesitaban protegerse los unos a los otros, lo mismo por los intereses antropológicos que en virtud de los otros móviles que contribuían a su sostenimiento natural. A poco que investiguemos se verá también que no estaba del todo ausente un motivo económico, aunque éste se evidenciase en formas poco francas, es decir, en manifestaciones tales que permitiesen afirmar que lo primordial era la economía y lo secundario la satisfacción de los instintos.

Cuando la prostitución profesional empezó a desarrollase fué al introducirse normas y reglas para la unión de los sexos. Mientras éstos pudieron amarse libremente, sólo la selección natural parecía ser la determinante esencial del comercio amoroso. No obstante, hay otras muchas circunstancis que inducían a la mujer a entregarse a los hombres, como ocurría, por ejemplo, entre los eslavos antiguamente y aún se observa en todas las partes del mundo en las razas más puras. Al-Bekri, un geógrafo árabe, refiriéndose a los esclavos, dice: "Las mujeres de los eslavos, una vez casadas, guardan fidelidad a sus maridos; pero si una joven soltera se enamora de un hombre, puede ir en busca suya y satisfacer su pasión. Y si un hombre, al casarse, encuentra a su mujer virgen aún, la dice: "Si valieras algo, los hombres te habrían amado y tú hubieras elegido a uno para que te hiciera perder la virginidad", y en el acto la rechaza y hace renuncia de ella."

En ciertas regiones del Africa Ecuatorial, lo mismo que entre los esquimales, entre los indios brasileños, en Madagascar y en todos aquellos pueblos donde la virginidad no es apreciada, la prostitución no existe, o solo en formas muy veladas y como medio para conseguir, precisamente, el fin del matrimonio.

Estas mujeres africanas solteras no puede decirse que sean prostitutas por el hecho de exigir una moneda por su entrega. Esta moneda no es el pago de un servicio sexual, sino solamente un recuerdo, o, mejor dicho, una prueba de que ha agradado a los hombres, lo que servirá de garantía a su futuro marido de que se casa con una mujer que sabe cumplir con los deberes fundamentales de su sexo. Las muchachas exhiben las monedas en su tocado, con la particularidad de que la que simboliza la pérdida de su virginidad, la colocan de forma bien visible, generalmente sobre otros adornos del cabello. No es raro que una muchacha vaya al matrimonio con quince o veinte monedas; cuantas más exhiba, más orgulloso se mostrará su marido. (Lámina I.)

Tales son las formas más parecidas a la prostitución económica como base de este aspecto de la sexualidad; pero, sinceramente, cuando la finalidad no es esencialmente utilitaria, no hay derecho a comparar a estas mujeres salvajes con las civilizadas que se ofrecen en las calles de las grandes ciudades o en las mancebías de los pueblos pequeños.

En las islas Marquesas, según cuenta un etnógrafo, las mujeres prevendían sus encantos con el fin de adquirir medios de fortuna precisos para aportar una dote al matrimonio. En este caso nos encontramos con el principio económico como base en toda su crudeza, ya que a los hombres no les importa que su esposa haya tenido relaciones con todos los hombres de la tribu, con tal de llegar al matrimonio con una pequeña fortuna. Esta forma de prostitución se sigue practicando en la actualidad, pero no por ello pierden las mujeres la estimación que merecen en el criterio de los hombres, los cuales demuestran una ferocidad implacable cuando descubren cualquier traición de su esposa.

Por lo general, la desfloración de las doncellas tiene lugar en una fiesta que se celebra al principio de la primavera y el otoño. Antiguamente era costumbre que cada virgen entregase unos mechones largos de su cabello al guerrero más valeroso, el cual se encargaba de cobrar los honorarios estipulados entre la doncella y el galán, cuando éste se negaba a entregarlos de buen grado. (Lámina II.)

Por lo común, aparte de todas esas circunstancias, la prostitución se desarrolla y tiende a prevalecer en todas aquellas sociedades en que las restricciones morales tienden a impedir las relaciones sexuales libres o simplemente fáciles. En ciertas ciudades en las que prevalecen los más severos principios y convencionalismos como reminiscencia de los remotos ideales ascéticos, se observa que el número de prostitutas "oficiales"—y el de las "particulares" también—alcanza proporciones verdaderamente enormes si lo comparamos con los datos que arrojan las estadísticas de otros puntos en los que la moral se muestra más tolerante.

Las mujeres "fáciles" al comercio sexual ilegal aparecen siempre en todas aquellas sociedades organizadas en las que existe una gran mayoría de mujeres "difíciles", esto es, donde la sexualidad se encuentra fuertemente dificultada por las trabas opuestas a la celebración del matrimonio legal, ya tenga sus orígenes esta prohibición en razones económicas o simplemente morales, entendiendo por tales a las influencias completamente ajenas al hecho natural.

Un autor afirma lo siguiente: "La represión de las intimidades sexuales fuera del matrimonio es un fenómeno de la civilización, pero no puede ser considerado como medida natural al nivel general

de los pueblos, y, por lo tanto, empieza a ejercerse en los principios de la civilización. Debemos tener en cuenta que las formas primitivas y rudimentarias de la prostitución, cuando por casualidad se presentan, son siempre temporales, y, por lo general, no hacen perder a la mujer en la estimación pública; a veces, hasta aumenta su valor en el mercado matrimonial. La mujer que se vende por dinero, por motivos puramente profesionales, sin que la impulsen a ello el amor ni la pasión, y que, por virtud del oficio que ejerce, pertenece a una clase paria, que la excluye rígida e irremisiblemente de la casi totalidad de otras mujeres, es un fenómeno que sólo hallamos en los países civilizados. Es, pues, un error y una falsedad hablar de las prostitutas como si no fueran otra cosa que vestigios de épocas primitivas." Ahora bien, lo mismo que la civilización dió origen a este género de negocio, no cabe duda que el mismo progreso se encarga de reducir el apogeo a expresiones que en algunos países apenas si son apreciables.

En el Asia antigua los extranjeros que arribaban al país se encontraron con la costumbre, establecida de hacía mucho tiempo, de que tenían derecho a entablar relaciones más o menos duraderas con las mujeres solteras, siempre que se aviniesen a sufragar los gastos de su manutención, pero sin que pueda decirse que exigiesen cantidades determinadas por la prestación que hacían de sus servicios sexuales. Eran matrimonios temporales más o menos promiscuos, detalle éste que se asemeja más con el matrimonio actual que con la prostitución.

En Babilonia, según refiere Herodoto, existía un templo dedicado a Venus al que rodeaba un jardín inmenso. Las mujeres del país tenían la obligación de entregarse a un extranjero, por lo menos una vez en su vida, y, al efecto, acudían diariamente a los jardines, situándose tras de una cuerda tendida entre los árboles para que los extranjeros pudieran elegirlas a su antojo y cohabitar con ellas, hecho que algunas veces tenía lugar dentro del mismo templo erigido en honor de la diosa del amor.

En aquellos tiempos era Babilonia un verdadero emporio de riqueza. Acudían a la ciudad mercaderes y soldados de todas partes, los cuales, después de haber realizado negocios y conquistas guerreras, se gastaban alegremente el dinero con aquella verdadera nube de cortesanas que también acudían de todas partes a disfrutar de tan copiosos botines. Entonces la prostituta no reparaba en exigir dinero y regalos que lo valieran a los hombres que quedaban prendados en las redes de sus encantos.

Las autoridades permanecían ajenas a aquellas verdaderas orgías

y bacanales de todo género, por la razón de que la prostitución tenía un carácter religioso. Los lugares preferidos para llevar a cabo estos desmanes sexuales eran los templos y los bosques sagrados. Tales hechos tenían lugar en el siglo V antes de Jesucristo. Las mujeres estaban obligadas a entregar una parte de sus beneficios para el sostenimiento del culto de Venus, que recibía el nombre de Mylitta.

Esta modalidad religiosa se extendió prontamente por todos los pueblos que tenían alguna relación con Babilonia; el ejemplo cundió de una manera casi violenta. En la India era la diosa Siwa quien recibía estas ofrendas de las bayaderas y bailarinas que habitaban en las inmediaciones de los templos erigidos en su honor por todas partes. Estas mujeres hacían un verdadero arte de los recursos de la seducción, y convirtieron la práctica de las caricias en una verdadera ciencia. Los sacerdotes elegían entre ellas a sus concubinas, desflorando a las que eran vírgenes ante los altares de la diosa, condición necesaria para figurar como sacerdotisas puras. Las impuras eran aquellas que habían perdido la virginidad de cualquier manera, lo que comprobaban los sacerdotes prácticamente.

El sostenimiento del culto a Siwa así como la manutención de los sacerdotes, se sufragaba con el producto que obtenían estas mujeres prostituyéndose a quienes estaban en condiciones de pagar sus favores. Así nos encontramos con que los primeros "chulos" fueron precisamente las personalidades religiosas, antecedente que acaso tengan en cuenta sus imitadores modernos para no avergonzarse demasiado de su cómoda manera de vivir.

En el Norte de Africa, islas de Chipre y otras del Mediterráneo no tardaron en aparecer las modas babilónicas. En Grecia, el templo de Afrodita estaba situado en la fortaleza de Corinto, donde actuaban más de mil sacerdotisas dedicadas a este placentero comercio y a cambiar las gracias de su cuerpo por retribuciones variables que también se destinaban al sostenimiento de tan extraño culto. Como ya hemos dicho, fué Solón el iniciador de la idea de erigir un temlop magnífico a Venus con el producto de las contribuciones impuestas a todas las prostitutas griegas. Entonces era considerada como tal la mujer que se entregaba a un hombre sin haberse casado, o aquella que cometía adulterio. Como lo más importante era sacar dinero de donde fuese, aquellos legisladores no desperdiciaban ocasión ni reparaban demasiado en detalles con tal de sacar adelante el presupuesto. Este hecho se repite en nuestros tiempos, aunque con la modificación que consiste en hacer creer que el hombre tiene garantizada la inmunidad contra las enfermedades sexuales, a cambio de las rentas que los paternales Estados obtienen de la prostitución.

En Atenas se efectuaba la exacción de estos tributos el día cuatro de cada mes. Las cortesanas tenían la obligación de depositar en el altar de la diosa todo lo que habían recaudado durante toda la jornada que se dedicaba especialmente a la diosa, y a "precios reducidos". Se dice que las tarifas eran muy moderadas, ya que sólo cobraban cinco *leptas,* moneda exactamente igual y del mismo valor que cinco céntimos de peseta. Pues bien; a pesar de esto, había hetairas que entregaban a la diosa la enorme cantidad de diez *dracmas,* o sea el importe del amor ofrecido ¡a doscientos señores!...

Algunas veces parece ser que eran más espléndidas de lo que exigía el fisco, y en lugar de entregar dinero ofrendaban a la diosa falos de oro, alhajas, espejos y otros objetos valiosos, lo que a la vez servía para impetuar su protección a fin de que aumentase el número de sus amantes ocasionales.

En las fiestas denominadas *Afrodisíacas,* que no eran más que magníficas orgías sexuales en las que estaban permitidas las licencias y aberraciones de todo género, las prostitutas viejas que habían perdido sus encantos, reunían a un gran número de jóvenes de ambos sexos a los que enseñaban a practicar el amor de las formas más diversas, por lo que también recibían una remuneración en metálico. Las fiestas Afrodisíacas tenían lugar durante varias noches seguidas, hasta que los actores caían verdaderamente extenuados en la fresca hierba que les servía de lecho.

La licencia sexual llegó a un extremo inconcebible. Un autor dice lo siguiente: "La legislación de las costumbres, hecha necesaria en Grecia por la rápida propagación de la prostitución, comenzó con Solón el sabio, quien estableció en Atenas una "casa cerrada" para satisfacer las necesidades del pueblo. Las pensionistas de aquel establecimiento, reconocido en cierto modo como de utilidad pública, eran escogidas por un delegado del Estado."

Este fué el primer paso dado en el camino de la legalización de la prostitución, que después sirvió de modelo al resto del mundo, y que se conserva en los países civilizados con todos los defectos primitivos. Los delegados del Estado estaban asesorados por mujeres que eran las encargadas de reconocer a las pupilas de las casas oficiales, a fin de impedir la propagación de las enfermedades venéreas, que, naturalmente, encontraban un campo adecuado para su producción con los más nefastos resultados para la colectividad.

Había en Atenas, capital de Grecia y del vicio, tres clases de prostitutas: las "funcionarias", recluídas en las casas del Estado; las tocadoras de flauta, y las de las hetairas, mujeres de "alto bordo", destinadas a satisfacer la lujuria o las necesidades de los opulentos, como gobernantes, altos jefes militares, comerciantes, etc.

Las de la primera categoría habitaron en principio en el puerto del Pireo, y eran proveedoras de placer de los marineros y gentes de baja condición. En los tratos presidía una especie de pudor que no dejaba de contrastar bastante con los procedimientos actuales. Cuando a un hombre le gustaba una de aquellas mujeres, valiéndose de un trozo de yeso o de carbón escribía en la pared del prostíbulo el nombre de la elegida. Estas, que paseaban por la calle mientras se lo permitieran los "deberes" de su sexo, tan pronto como veían su nombre se aproximaban al autor de la inscripción, concertando el precio del servicio, lo que generalmente daba lugar a discusiones y hasta riñas. Si llegaban a un acuerdo, lo que, a pesar de todo, ocurría ordinariamente, la pareja marchaba hacia el cementerio donde reposaban los antiguos defensores de las libertades de la República, y, allí, sobre las tumbas, tenía lugar el cumplimiento del contrato.

No obstante, no todo era pudor y recato. A la caída de la tarde, cuando empezaban a tenderse las primeras sombras de la noche, desaparecían por completo todos estos convencionalismos "instintivos", lo que demuestra que la obscuridad es una buena aliada del amor. Las prostitutas acudían a una gran plaza invadida por mercaderes, marineros, esclavos y hombres de semejante condición, ante los cuales no tenían inconveniente en ejecutar toda clase de movimientos obscenos y excitadores; el epílogo de estas escenas tenía lugar en cualquier parte, bajo la luz de la luna o en la obscuridad más profunda. El Estado, previsor, vigilaba por medio de una policía especial la buena marcha de los negocios, interviniendo los agentes cuando los clientes se negaban a satisfacer el importe de los servicios recibidos. Allí mismo, y sin más sumarios, los contraventores eran apaleados delante de las mujeres, sin perjuicio de ser enviados después a presidio; estas defraudaciones se penaban casi con la misma energía que lo son actualmente los falsificadores de moneda.

Según refieren los historiadores, las mujeres recluídas en los prostíbulos oficiales dejaban bastante que desear en cuanto a juventud y belleza, por lo que sólo los hombres de más baja condición eran los clientes habituales. Esto dió ocasión a que muchos particulares abriesen casas provistas de mejores productoras de placer, reclutadas entre las esclavas y obreras. El Estado, ante aquella competencia, obligó a los dueños de las casas a pagar una contribución, de paso que imponían tarifas mínimas; esto era con el fin de no restar clientela a los otros burdeles, que desde luego siguieron funcionando.

Las casas particulares se distinguían de las oficiales por un signo

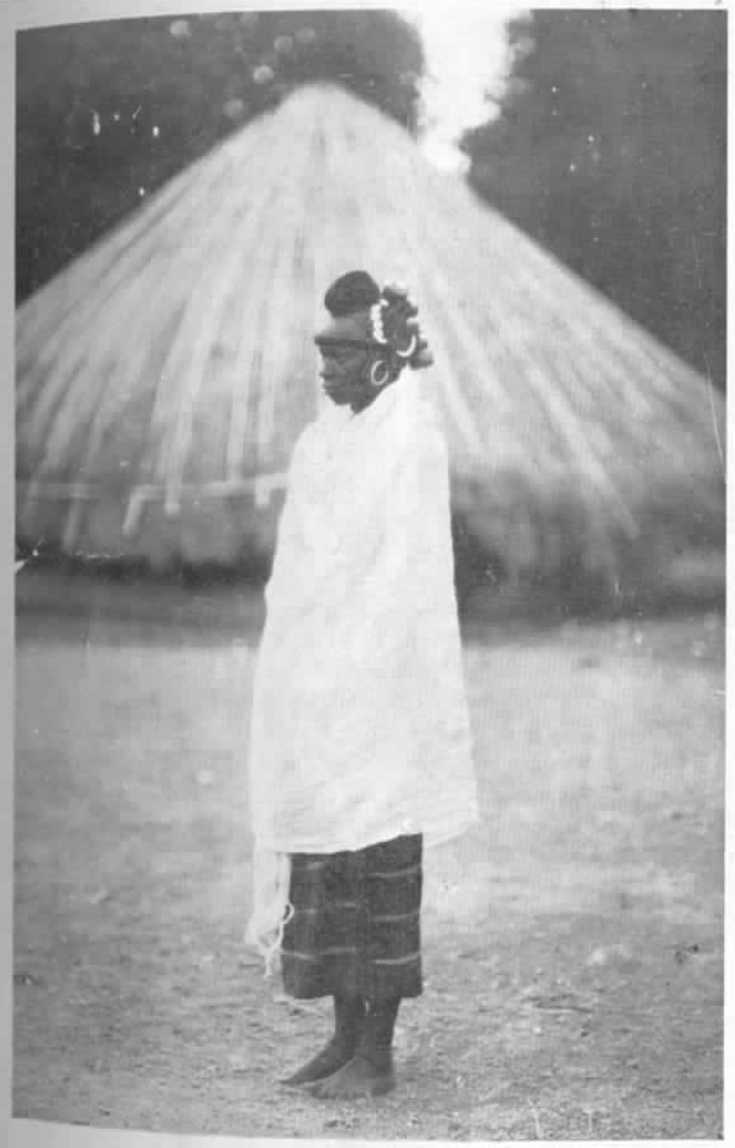
que consistía en una imitación del miembro viril, colocado sobre la puerta de entrada del establecimiento. El pago de los servicios podía hacerse tanto en dinero como en especies, pero esto sólo estaba reservado a los hombres humildes; pagaban con un cesto de pescado, una vasija de miel, manteca, queso, vino, etc. Con todos estos donativos los mismos dueños instalaban pequeños comercios, en los cuales podían proveerse las prostitutas a precios más bajos que en los de la ciudad.

Para que se vea hasta qué punto llega la falta de originalidad de los directores de las casas de prostitución moderna, basta decir que en los lupanares particulares de Atenas las cosas pasaban de la misma manera que en los de Madrid, por ejemplo, a excepción de la forma de pago únicamente. Un antiquísimo autor que por lo visto frecuentó bastante aquellas casas de placer, dice que las mujeres esperaban a los clientes en sus habitaciones o reunidas en otro salón independiente de la estancia destinada a recibimiento. Cuando llegaba el cliente era recibido por una mujer de edad, antigua prostituta, que sólo con una mirada era capaz de conocer la cantidad que el ciudadano estaba dispuesto a pagar, e incluso cuáles eran sus preferencias. Inmediatamente llama a las pupilas con la conocida frase de "niñas, al salón", las cuales desfilaban ante el parroquiano lo más ligeras de ropa posible.

Así que se había efectuado la elección, a la prostituta le entraban unos deseos inmoderados de "tomar algo", lo que suplicaba a su amigo. Este no se negaba a satisfacer tan liviano capricho, y al efecto, la matrona receptora escanciaba unas copitas de cualquier cosa, que inmediatamente cobraba a precio de oro. A continuación, cuando el hombre se manifestaba contrario a proseguir estos dispendios, las cosas terminaban en la habitación particular de la dama, y asunto concluído.

Como vemos, la diferencia entre aquellos métodos y los actuales no es ninguna; podemos parodiar la frase que dice: "Todo está igual; parece que fué ayer".

El mismo autor escribe lo que sigue: "En algunas casas las mujeres se exhibían una detrás de otra, sin velos de ninguna clase, delante del que entraba; en otras, se tapaban la cara; en algunas se les obligaba a permanecer en la puerta para atraer las miradas de los traseúntes. La puerta de la calle estaba siempre abierta; pero para que desde fuera no se pudiera distinguir lo que pasaba dentro, una cortina de lana detenía todas las miradas. Una vieja esclava conducía a los visitantes a la sala en que se encontraban las pensionistas, quienes entretenían sus ocios en peinarse y perfumarse. Hubo en Atenas



MUJER DEL ÁFRICA OCCIDENTAL

Antes del matrimonio estas mujeres practican la prostitución, recibiendo de cada amante una moneda, la cual forma parte de sus adornos. Esta joven, a juzgar por las monedas que exhibe, ha tenido siete amantes.

LAMINA I



GUERRERO DE LAS ISLAS MARQUESAS

Estos hombres son los encargados de «convencer» a los seductores marquesianos para que abonen a sus amantes las cantidades estipuladas como pago de servicios sexuales. (Foto Gauthier, Tahití.)

LAMINA II

hasta pintores cuya especialidad consistía en pintar y adornar las caras de las mujeres más o menos públicas." Como puede observarse, sigue ocurriendo igual. Este último detalle ya no se observa en nuestras costumbres, puesto que el maquillaje lo efectúan las prostitutas modernas por sí solas y sin necesidad de recluirse ni hurtarse a la mirada del público.

La segunda categoría de las prostitutas atenienses estaba integrada por artistas especializadas en el conocimiento de la flauta y otros instrumentos musicales parecidos. Estas eran invitadas a las fiestas que daban los personajes de mayor relieve, a cuyo final tocaban y danzaban muy ligeras de vestimenta. El final era que las alegres artistas se entregasen a los comensales en cualquier parte y de cualquier manera. En estas orgías tomaban también parte las damas de calidad, que no titubeaban demasiado en servirse de las habilidades de las prostitutas.

La categoría tercera la formaban las mujeres más bellas y educadas que podían reclutarse entre las jóvenes de vida alegre de la República. "Su influencia—dice un autor—, su fortuna, y también, es preciso decirlo en alabanza suya, su grandes dotes intelectuales, impedían que se las tratase como prostitutas. Sostenían, como más tarde las damas galantes del siglo XVIII, una corte donde muchos admiradores se prendaban de su belleza y de la simpatía y elocuencia de su palabra."

Tampoco hay diferencia notable entre aquellas damas, las del Renacimiento y las del siglo XX. Ni las unas ni las otras aceptaban dinero de sus amantes, sino que "solamente" se limitaban a ejercer sobre ellos la máxima influencia, que era la verdadera fuente de ingreso de los recursos necesarios para su vida; el panorama es idéntico y la razón económica aparece bien definida.

En Roma también se desarrolló la prostitución desde los primeros tiempos, aunque decreció bastante a medida que las costumbres sexuales fueron haciéndose más libres, y, sobre todo, estuvo a punto de desaparecer bajo el mandato de los emperadores que introdujeron muy notables reformas en el matrimonio.

En la historia de Rómulo y Remo, los dos hemanos gemelos que fundaron a Roma, ya nos encontramos con una prostituta desconocida, de la que se dice que cuidó a los hermanos, empezando por amamantarlos, tan pronto como los descubrió. Cuando se dice que ambos fueron amamantados por una loba, habiéndose llegado incluso a reproducir las escenas de esta extraña lactación, como puede verse, por ejemplo, en la parte alta del Hotel Roma, de Madrid, no se interpreta el hecho como en realidad ocurrió. En aquellos tiempos las

prostitutas recibían el nombre de "lobas", y de aquí que se conozca bajo la denominación de "lupanares" a las casas de prostitución.

Hay otro dato importantísimo para afirmar la antigüedad de la prostitución en Roma, lo que además constituye un hecho histórico imperecedero. El lector habrá oído hablar del "rapto de las Sabinas": estas mujeres eran unas prostitutas bellísimas, oriundas de una región de Italia, las cuales, durante una fiesta, fueron raptadas por varios jóvenes. Esto dió lugar a una verdadera batalla, y las derivaciones que trajo tal suceso dieron lugar al advenimiento de la dictadura primera que hubo en Roma.

También, como en Grecia y Corinto, en Roma se rendía el culto de Venus, cuyos templos estaban siempre llenos de jóvenes sacerdotisas que ejercían el comercio sexual retribuído. Los legisladores comprendieron bien pronto la necesidad de ordenar debidamente aquellas manifestaciones de libertinaje, y no tardaron en crear los prostíbulos independientes de la prostitución religiosa. En primer lugar, se dispuso que las mujeres dedicadas al libre comercio de sus cuerpos no pudiesen ejercer la profesión sino a partir de las nueve de la noche en el verano y de las seis en el invierno. Las mujeres no podían provocar a los hombres, sino permanecer sentadas a las puertas de sus casas en espera de que se las solicitase. De aquí viene el origen de la palabra prostitución, que no es más que la traducción de la latina *prostare*, esto es, "esperar".

Durante las fiestas, en los circos y anfiteatros había unas habitaciones en las que las prostitutas esperaban la llegada de los clientes, a los que recibían espléndidamente alhajadas y perfumadas. Estas mujeres pertenecían a las más elevadas categorías, y sus favores alcanzaban gran precio. Por lo general, los mismos organizadores de los festivales eran los empresarios de estos lupanares distinguidos. Algunas veces se trasladaba a estos espectáculos a mujeres de más baja categoría, las cuales se entregaban a los espectadores al final de las fiestas.

Durante la época del paganismo la prostitución alcanzó en Roma unas proporciones verdaderamente gigantescas. Había barrios enteros dedicados a estas mujeres, y las orgías que en ellos se celebraban eran verdaderamente inenarrables. Tanto era el escándalo, que hasta los templos fueron teatro de estas licencias sexuales, en las que no había límites.

"Las casas de prostitución—dice Chapotín—estaban regidas por proxenetas de los dos sexos. Dichas casas estaban consideradas como infamantes. Recibían, sin embargo, la visita de personajes de alto rango. Las pensionistas llevaban lujosos trajes y adoptaban un aire de opulencia para atraer a los libertinos. Plauto ha pintado estos procedimientos: "Soy un cazador de pájaros; mi campo de acción es mi casa; las pensionistas son el cebo; la cama, el peligro; los amantes, los pájaros. Se les anima, se les encanta con un recibimiento afectuoso y acariciante, y se les atrae con una llamada dulce y tentadora. Si la presa ha oído la llamada, el asunto marcha bien. Si ha recibido un beso, el pájaro está preso sin necesidad de jaula."

Una de las manifestaciones públicas más inmorales de la prostitución se advertía en los baños, en los cuales se reunían las prostitutas de más categoría para bañarse con los hombres. En el agua tenían lugar las más bizarras escenas de vicio y depravación que pueden imaginarse. La entrada a los baños no estaba sujeta a mas restricciones que el precio. Los propietarios pagaban a las mujeres, las cuales, por su parte, también exigían una cantidad a los hombres que querían bañarse con ellas. La entrada a los baños costaba un cuadrante, moneda equivalente a dos céntimos de peseta.

Los emperadores Trajano, Adriano y Marco Aurelio consiguieron acabar con estas orgías, pero más tarde Heliogábalo autorizó el funcionamiento de estos centros de corrupción, y otro emperador, Antonino, los hizo públicos, con lo que la decadencia de este sistema se operó por sí sola, ya que esta libertad daba lugar a que entrasen gentes de toda condición.

Las prostitutas de Roma estaban inscritas en registros especiales, pero había muchas mujeres de condición libre que acudían a los lupanares a prostituirse, sin más obligación que abonar una cantidad que percibía el dueño de la casa. Algunas damas de la nobleza recibían los favores de soldados y marineros en estas mansiones, y hasta la misma emperatriz Mesalina tuvo varias veces la humorada de entregarse a cuantos hombres se la acercaban, sin revelar nunca su elevada condición social.

Los signos exteriores de las casas de prostitución de Roma consistían en una antorcha que lucía de noche constantemente. En Sur-américa encontramos estos vestigios en las lámparas eléctricas de luz roja o verde, que iluminan los zaguanes de los *quilombos*. En muchas partes del mundo se observa la presencia de este detalle.

En el interior de las casas de placer, cada prostituta ocupaba una habitación independiente, en la que podían penetrar los conocidos siempre que no hubiese un cartelito anunciando que la mujer se encontraba entregada a las faenas propias de su profesión. Al lado del cartelito figuraba el precio de los servicios de la pupila, los cuales no eran muy caros. En el Museo Nacional de Nápoles hay unos pequeños discos de barro cocido, los cuales servían de "fichas", sistema de control que aún existe en todas las casas de prostitución del mundo.

En estos pueblos, cuyas costumbres licenciosas no fueron más
un síntoma del progreso de la civilización, las prostitutas empez
por gozar del prestigio de las divinidades superiores, pero su fin
desastroso: el mayor desprecio sucedió a la adoración primitiva.
esto tuvo como causa la intervención del factor económico en
su crudeza, y, por otra parte, la ausencia completa de móviles
mentales por parte de la mujer. Por esto afirma Bloch lo que sig
"De lo que no me cabe ninguna duda es de que la prostitución
mada "religiosa" es, por lo menos, la raíz de nuestra prostitu
actual. También en aquélla se trataba de una profesión vergon
de la deshonestidad, con la diferencia de que el dinero no era
la joven del templo que, semejante a la meretriz actual, se entr
sin elegirlo, a cualquier hombre, sino para la divinidad, o sea
los ladinos sacerdotes, que entonces desempeñaban con frecuenc
mismo papel que nuestras actuales dueñas de burdeles. Tampoco
de negarse que en aquella prostitución religiosa "habría quizá
momento ideal."

Yo creo que no sólo no puede negarse, sino que ni dudarse
poco, que una gran parte de aquellas mujeres se entregaban a
hombres, no por ellos mismos, sino por un sentimiento espiritual
indudablemente dignificaba su obsceno comercio. Aquellas prostit
creían ciegamente en las divinidades a quienes servían y en cuyo
nor sacrificaban, no digamos la virtud según el concepto mode
sino la libertad, que a veces es más valiosa que la misma vir
Muchas prostitutas modernas prefieren pasar calamidades de
género antes de someterse a la férula del ama del burdel, que,
larga resulta ser también la dueña de sus actos, de sus cuerpo
hasta de sus sentimientos.

Los orígenes de la prostitución religiosa parecen contenerse
una especie de culto primitivo de las fuerzas generatrices de la
turaleza, unido a la creencia de que la procreación, como toda fo
didad natural, está asociada y puede promoverse con actos hum
de comercio carnal, que, al decir de Ellis, "adquieren de este
una significación religiosa".

El mismo autor opina que más tarde los actos sexuales de
ficación religiosa se limitaron a los templos en donde estaban
lizados, "y por una transición de ideas racional y lógica se fué
raiizando la creencia de que estos actos, ejecutados en adorac
servicio de una deidad, o con personas dedicadas a ésta, atraían
des beneficios sobre el individuo que los verificaba, sobre todo
mujer, cuya fertilidad se aseguraba".

Todo esto puede admitirse sin inconvenientes: en la primera

la creencia en la obtención de esos beneficios materiales, puede justi-
ficar la inclinación de los hombres, prescindiendo del hecho inmediato
del placer que indudablemente recibían; pero en cuanto a lo que afec-
ta a la mujer no ocurre lo mismo, ya que está demostrado, aunque
por muy obscuras razones, que una mujer que practique el comercio
carnal con muchos hombres, está más expuesta a la esterilidad que
a ser fecunda. Por esta causa, no podemos creer que uno de los mo-
tivos de la prostitución religiosa se fundase en el hecho de querer
asegurar la fertilidad de las mujeres, lo que no ocurre por lo gene-
ral más que en un primer embarazo. Pocas prostitutas habrá que
no hayan tenido un hijo, o, mejor dicho, un embarazo; pero son
pocas las que han pasado de ese límite que, por lo visto, era una de
las finalidades de la prostitución religiosa.

Más acertada nos parece la definición hecha por otros autores
acerca de la práctica de la prostitución sagrada, y, muy especial-
mente, lo que dice el doctor Frazer. "Podemos creer—dice—que
una diosa madre, personificación de todas las energías reproductivas
de la naturaleza, era adorada bajo distintos títulos, pero con bas-
tante similaridad de mito y ritual, por muchos pueblos del Asia
Occidental; que a ella estaba asociada un amante, o mejor dicho, una
serie de amantes divinos, pero mortales, con quienes se unía en
turno uno y otro año, siendo considerado éste su comercio carnal
muy necesario para la propagación de los animales y las plantas, y
siendo muy general la creencia de que la fábula de la unión de la
divina pareja, simulada y multiplicada en la tierra por la unión real
y temporal de los seres humanos dentro del santuario de la diosa,
aseguraba la fertilidad del suelo y la procreación de hombres y ani-
males. Con el transcurso del tiempo fué prevaleciendo el matrimonio
individual y decayendo y desacreditándose las antiguas costumbres,
haciéndose en extremo repugnante al sentido moral de los pueblos
todo retroceso a favor de las prácticas anteriormente descritas, y
entonces se buscaron distintos modos para evadir la práctica de una
obligación que, teóricamente, aún aceptaban y veneraban... Pero cuan-
do la mayoría de las mujeres lograron encontrar un medio para
observar la religión y conservar la virtud, se creyó necesario para
el bien general que cierto número de jóvenes se resignaran y sacri-
ficaran, observando el antigo ritual en su forma originaria y primi-
tiva. Estas doncellas se hacían, pues, prostitutas por un tiempo de-
terminado, o por toda la vida; ingresaban en uno de los templos
dedicados a Venus; se dedicaban al servicio de la religión; cumplían
su misión, revestidas de un carácter sagrado, y su vocación, lejos
de ser tenida por infamante, era considerada por el resto de la comu-

nidad como un ejercicio altamente meritorio y recompensado con general respeto, admiración, reverencia y cierto espíritu de compasión, muy parecido a la que en distintas partes del mundo se siente por las mujeres que creen honrar a su Creador por medios bien distintos, renunciando a la misión natural de su sexo y a los más tiernos afectos del corazón humano."

Esta es la teoría que menos se ha discutido de todas las que se propusieron para justificar el origen de la prostitución. Desde luego la consecución de la fecundidad de las mujeres constituía el objeto principal de este culto, pues era de ritual que cuando un hombre entregaba a una prostituta el importe de sus servicios, la decía: "Toma para que la diosa te sea propicia". Posteriormente, las sacerdotisas de Corinto y las de otros puertos a los que afluían abundantes forasteros, iniciaron derroteros menos religiosos y de más directa utilidad privada, dedicándose a satisfacer las necesidades naturales de los hombres que en virtud de sus largos viajes habían de permanecer alejados de sus esposas.

En Lydia, según refiere Herodoto, las prostitutas abandonaron sus deberes religiosos como lo hicieron las de Corinto, atendiendo más a sus asuntos particulares que a los comunes de la divinidad. Ya no entregaban el producto de sus ganancias en el altar, sino que lo depositaban en un cofre con el fin de reunir una dote de la que al cabo de algún tiempo podían disponer libremente. Esta misma costumbre se observa en diferentes países; entre los tradicionalistas japoneses, las mujeres que se prostituyen en los barrios galantes reservan una parte de sus ganancias a asegurarse un porvenir, en el caso de que hubieran de permanecer solteras. Entre los Ouled-Nail de Argelia, como ya hemos dicho en otro volumen, las mujeres se trasladan a las grandes ciudades tan pronto como están en condiciones de practicar el comercio sexual. Al cabo de algún tiempo regresan a sus tribus con una dote, algunas veces importante, mientras que el novio ha esperado pacientemente el regreso de la muchacha a la que no por esto deja de amar menos. Claro es que no podemos decir que esta modalidad tenga como única base la prostitución religiosa, pero desde luego se observa que la finalidad de ambas prostituciones es la misma.

Una prueba del carácter religioso del comercio carnal la tenemos en las antiguas costumbres de Lydia. Las mujeres de las familias más educadas y adineradas "sentían vocación de vivir una vida divina bajo el influjo de una divina inspiración", según dice Ramos en su obra *Ciudades de Frigia*. Esta vida divina no era más que

continua entrega de sus cuerpos a todos los hombres que pudieran entregar un óbolo para la diosa.

En resumen, en casi todos los pueblos nos encontramos con que la religión y la prostitución marcharon unidas durante mucho tiempo, y aún se observan vestigios clarísimos contenidos en supersticiones y prácticas que, por lo común, dicho sea en justicia, más tienen un carácter puramente biológico que exclusivamente erótico.

No obstante, en algunos países la prostitución fué completamente desconocida hasta la llegada de la civilización europea. Existía sí, un comercio carnal libre en el que el factor económico no entraba para nada, sino que obedecía a móviles naturales. En algunas islas del Mar del Sur, según refiere Stanley Gardiner, "la prostitución por dinero o por regalos es en absuluto desconocida". El adulterio no se conoció jamás, si bien antes del matrimonio las mujeres se entregaban a sus galanteadores preferidos, aceptándoles solamente ramos y guirnaldas de flores que sellaban una unión más o menos duradera, pero jamás admitían algo que la mujer no pudiese adquirir por sus propios medios. (Lámina III.)

En la India tampoco se conocía la prostitución, ni religiosa ni pública, en algunas de sus regiones. En Burmah se consideraba vergonzoso el acto sexual fuera del matrimonio antes de que llegaran los ingleses; pero los misioneros, al condenar las uniones libres, fomentaron el desarrollo de la prostitución en la que se introducían prácticas que los indígenas aprendieron de sus civilizadores. Jules Pois, en sus *Visiones de la India*, afirma que "los ingleses instituyeron la prostitución en la India que colonizaron. No fué sólo culpa de los ingleses—le dice un brahman a Bois—; este es un crimen cometido por la civilización europea. Jamás habíamos tenido prostitutas. Me refiero por esta palabra a las servidoras brutalizadas que satisfacen los groseros deseos del primero que las busca. Teníamos y tenemos razas de cantantes y bailarinas, casadas a los árboles—sí, a los árboles—por medio de hermosísimas ceremonias, que datan de los tiempos védicos; nuestros sacerdotes las bendicen, y reciben de ellas gran cantidad de dinero, y ellas no se niegan a los hombres que las aman y cortejan. Las reyes mismos las enriquecen. Son la representación de todas las artes, la belleza visible del Universo."

"Otro tanto ocurría en las Indias Holandesas antes de la influencia europea que tan nocivas modalidades introdujo en los sistemas indígenas. No obstante, en los tiempos actuales son numerosas las mujeres que desde la más tierna infancia aprenden las artes musicales y coreográficas para oficiar después en los templos dedicados a las divinidades. Estas jóvenes, como en la India y el Japón, llegan a adqui-

rir vastísimos conocimientos y su cultura no es nunca superada por el resto de las mujeres honestas del país. (Lámina IV.)

Los hebreos han condenado siempre la prostitución por dinero de las mujeres de su raza; pero reconociendo la utilidad de esta clase de comercio, se mostraron siempre benévolos con las prostitutas extranjeras. Otro tanto hacen los musulmanes, pero ya no es necesario que la mujer sea extranjera; basta sólo con que pertenezca a la raza de los esclavos.

Los antiguos persas no toleraron nunca la prostitución, condenándola por todos los procedimientos, especialmente entre los individuos de las sectas ascéticas. En China pertenecían las mujeres públicas a una clase social elevada, lo mismo que las hetairas griegas, y eran objeto de consideraciones y respetos de todo género, tanto por parte de las instituciones seculares, como por la de los hombres que acudían en solicitud de sus favores. No obstante, la civilización moderna ha cambiado bastante tal estado de cosas.

Tal es, a grandes rasgos expuesta, la historia de la prostitución antigua. La moderna prostitución de los países europeos tiene su origen en Roma, lo mismo que la mayoría de las instituciones actuales, ya que Grecia se inclinó más hacia un aspecto religioso, siendo, además, más "intelectuales" las formas del comercio carnal libre, ya que las prostitutas ejercían cierta influencia en el pueblo, casi lo mismo que muchos siglos más tarde ocurrió en Francia.

El desarrollo de las ideas cristianas no modificó mucho el aspecto de la prostitución, y ello en virtud de un inteligentísimo criterio de los directores de la Iglesia, que prefirieron tolerar la prostitución antes que dar lugar al surgimiento de otras inmoralidades mayores que indudablemente hubieran atacado a la institución familiar. Desde aquellos tiempos a los actuales no cabe duda que las cosas no han variado de aspecto en este sentido de profilaxia social.

Este mismo criterio fué mantenido por las autoridades de todas las épocas, si bien algunos reyes, como San Luis IX de Francia, intentaron acabar con este mal menor dictando y poniendo en práctica las medidas más severas, lo que dió lugar, a pesar de todo, a que la prostitución se extendiese como una verdadera plaga por todo el país, ocurriendo otro tanto en los demás pueblos donde se intentó restringir esta calamidad social. La gravedad del mal adquirió mayores caracteres, al dar motivo a la prostitución clandestina.

La reina Juana de Francia creó en Avignon el primer burdel oficial en el año de 1347, dictando las reglas más severas para el buen funcionamiento de la nueva institución. Al cabo de algún tiempo, las casas de placer funcionaban legalmente en todo el país, y bajo

el reinado de Luis XV la prostitución alcanzó el máximo apogeo. Durante la época del Imperio, las mujeres públicas se reunían en París en las inmediaciones del Palais Royal, yendo ataviadas con el mayor lujo posible o de la manera más pintoresca, pero mostrando desnuda la mayor parte del cuerpo. Entre estas alegres muchachas no era raro advertir la presencia de damas que en otro tiempo ocuparon puestos envidiables en la corte, pero que habían venido a menos por azares de la fortuna.

En casi toda Europa se tendió bien pronto a adoptar los sistemas de reglamentación impuestos en Francia, que puede considerarse como la cuna de la moderna prostitución.

En varios países, como Inglaterra, Alemania y Austria, las mujeres públicas estaban obligadas a llevar un signo distintivo de su profesión. Generalmente, las prostitutas no gozaban de las mejores simpatías públicas, aunque hubo cortesanas que alcanzaron gran prestigio y notable influencia. En Mantua inspiraban tal repulsión, que cuando acudían al mercado y tocaban cualquier comestible, bien para elegirlo o por simple casualidad, se las obligaba a adquirlo bajo la amenaza de castigos consistentes en latigazos que recibían delante del público, bastante regocijado con estas escenas.

De paso se daba el extraño contraste de que muchas personas de prestigio, como ministros, autoridades, etc., no tenían a menos visitar con frecuencia los prostíbulos en los que se celebraban fiestas de toda índole. Incluso cuando se invitaba a visitar las ciudades a algún personaje importante, se le daba alojamiento en las casas públicas. Se dice que cuando el emperador Segismundo visitó la ciudad de Ulm en el año de 1434, se iluminaban las calles, siempre que él o cualquier personaje de su séquito deseaban visitar las casas de prostitución.

No cabe duda que la prostitución hubo de ser aceptada, tanto por el poder espiritual como por el temporal, resultando vanos los esfuerzos que se hicieron para suprimirla, sino incluso para reglamentarla de forma que pudiera estimársela como una necesidad absolutamente libre de peligros de todas clases. En la Edad Media es cuando los lupanares pasaron a formar parte del servicio público, siendo considerados sus directores como funcionarios del Estado; pero en el siglo XV el sistema decayó bastante, siendo una de las causas principales la importación de la sífilis, enfermedad que trajeron de América las huestes que acompañaron a los conquistadores.

VENTAJAS E INCONVENIENTES

Cómo surgió la prostitución.—Diferencias entre los sexos.—Razones.—La prostitución se base en la Naturaleza.—Justificación moral.—Actitud de San Agustín.—Moralidad e inmoralidad.—Literatura sobre las prostitutas.—Aceptación del "mal necesario".—Actividad procreadora y madurez sexual.—La prostituta y el soltero.—Los casados. El lupanar antiguo y el sistema moderno.—La prostitución clandestina.—Su práctica en Madrid.

No cabe duda que la prostitución no tuvo razón de existir en los primeros tiempos de la Humanidad, ya que la satisfacción de las necesidades sexuales se efectuaba libremente, de una forma casi animal, y las uniones de hombres y mujeres se llevaban a cabo sin otras leyes ni trabas que las del instinto.

Al aparecer la prostitución religiosa, las sociedades se inspiraron en leyes naturales y en creencias supersticiosas, razones éstas últimas que no pueden admitirse modernamente. Pero hemos de tener también en cuenta que los primeros hechos de la prostitución sagrada aparecen tan pronto como la civilización va ganando terreno sobre el enunciado de las costumbres primitivas, cuando desaparece el matriarcado, cuando se rechaza el sistema de la promiscuidad, cuando se tiende a establecer la familia sobre bases más a tono con las necesidades sociales. Esto no quiere decir que la familia se asentase sobre firmes cimientos biológicos: en este punto aparece el primer detalle de las normas artificiales de la civilización.

De una forma o de otra, no cabe duda que el progreso humano de los primeros tiempos de la nueva estructuración de la vida social, tendía a eliminar poco a poco el derroche de energías instintivas, encauzando a éstas por los caminos más útiles a la sociedad y al individuo, esto es, a la civilización. No obstante, las presiones iban a estrellarse contra lo más primitivo del género humano y el "primum movens" de todo el reino animal: el impulso del sexo. Así, pues, cuando la civilización, los progresos científicos e incluso las necesidades económicas contribuyeron a definir exactamente las razones

de la continencia, fué cuando la Humanidad adquirió el convencimiento de que el hecho de refrenar los instintos se traducía en consecuencias más beneficiosas que perjudiciales, y en estas condiciones se llegó a los tiempos presentes, tiempos que se diferencian muchísimo de aquellos otros en los que el impulso sexual desatado no reconocía razones ni respetaba obstáculos.

Si podemos creer que la prostitución religiosa era una exaltación mística del instinto de la reproducción, es justo pensar también que acaso estuviese justificada en gran parte por el impulso sexual y hasta por las razones remotísimas de la necesidad de variación. Existiendo, como existía, la institución matrimonial, no podemos decir que todos los hombres que acudían a recibir el placer que vendían las prostitutas sagradas, fuesen solteros ni que, por ejemplo, todos los navegantes que arribaban a las costas de Corinto estuviesen en iguales condiciones célibes. No nos es posible, pues, aceptar en definitiva una razón exclusivamente espiritual para justificar la existencia de la prostitución religiosa, conociendo cuáles son las manifestaciones naturalísimas de los instintos humanos.

Así, pues, la prostitución de aquellas épocas remotas, no cabe duda que llenaba muy poderosas necesidades espirituales de gran importancia biológica; pero sería injusto reducir a este solo hecho todas las manifestaciones que en tales prácticas se contenían. Por otra parte, si es cierto que el instinto de la reproducción se revela más pronto o más tarde en toda mujer, puede afirmarse sin temor a errores, que la inmensa mayoría de los hombres no se ven impulsados en sus actos por móviles idénticos. Es posible que cualquier sacerdotisa del templo de Mylitta cifrase las máximas aspiraciones de su vida en la posesión de un hijo; ¿pero puede decirse otro tanto de los hombres que acudían a recibir sus favores?... ¿O es que los maridos no piensan en otra cosa que en fecundar a sus mujeres cuando realizan el acto sexual?...

De todas maneras, la cohabitación fuera del matrimonio ha existido siempre, más en el hombre que en la mujer, ya fuera recompensándola o ya sin recompesa alguna, por simple satisfacción de un deseo más o menos reprimible, lo que resulta más fácil en la mujer que en el hombre, lo mismo que es mas sencillo para ésta que para aquél practicar el comercio sin detrimento de la salud ni de la inteligencia, en virtud de las razones que ya hemos aludido tantas veces.

Pese a todas las razones que intenten aducirse para que modernamente podamos explicarnos tan bizarros sucesos, resulta que la menos aceptable es la de querer "asegurar la fecundidad de las

mujeres", idea que preside más en la imaginación de los estadistas que en el sentido que de la economía tiene la Humanidad. Esta tendencia sólo es admisible entre las gentes cuyas condiciones de vida naturales resultan fáciles y asequibles todos los elementos necesarios para el mejor equilibrio de la familia monógama. Pero no puede decirse lo mismo si nos atenemos a otras circunstancias bien diferentes.

La prostitución de la mujer, incluso en los tiempos primitivos —y entendemos por "prostituta" a la mujer que da su cuerpo a cambio de una remuneración, sin otras "atenuantes"—, es un producto casi legítimo de su natural debilidad frente al hombre, y el medio más agradable de librarse de la condición en que desde su nacimiento la coloco la Naturaleza; la inmensa mayoría de las mujeres, desde que el mundo es mundo, lo mismo en la prostitución que en el matrimonio, se vende o se deja comprar; todo depende de las circunstancias externas, esto es, de la educación, de la moral, de los convencionalismos. La prostituta, lo es, aparte de las razones que ya estudiaremos más adelante, porque tiende a hacer menos áspera su condición de mujer, en pos de una relativa libertad. Muchas esposas no se diferencian de las prostitutas en otra cosa si no en que procuran que su cuerpo sea sólo para un hombre; esto es, se venden una sola vez.

Después de todo, es estúpido hablar de la prostitución para fundamentarla en razones distintas al hecho que lo motivan: la prostitución es un fenómeno histórico-económico; esto es, que contiene los caracteres más firmes para asegurarse en su existencia, y, por lo tanto, para tener una razón de ser, o, por lo menos, de "haber sido".

No es posible que nos obstinemos en negar o discutir la importancia de la prostitución ni es lícito condenar a la prostituta, porque la historia nos dice y los hechos lo demuestran, que esta mujer desempeñan una función social *insustituible*, en tanto que las leyes morales sigan por los mismos caminos que hace tantísimos siglos marcó la tradición. Cuando se piensa en los esfuerzos que se realizaron en toda época para acabar con esta manifestación de la moralidad sexual sin que por ello se lograra otra cosa que agravar más el problema, vemos que no hay más remedio que conformarse con lo que es inevitable. Ello es porque tiene su origen en la misma Naturaleza, y lo que está prendido con raíces tan hondas no es posible arrancarlo jamás.

Ahora bien, todo esto no quiere decir que la prostitución deba gozar entre nosotros del mismo prestigio que tuvo entre los griegos y hasta entre los modernos japoneses, si es que en realidad queremos

constituir la unidad de la familia sobre las bases más racionales y lógicas. La prostitución antigua tenía sus ventajas lo mismo que la actual, con la diferencia de que los inconvenientes modernos parecen ser bastante más graves que los que se contenían en la misma práctica en las edades remotas.

Como decía Lecky, "la prostituta es el tipo del vicio y es la custodia de la virtud; es la eterna sacerdotisa de la Humanidad, sacrificada por los pecados del pueblo"; pero esta acepción nos parece demasiado ampulosa para encerrar una razón indiscutible. Hay muchas prostitutas que, paradógicamente, no son viciosas, y otras que no están sacrificadas por los pecados del pueblo, a no ser que intentemos excluirlas del pueblo mismo. No obstante, hemos de reconocer que la prostitución tiene una justificación moral, y esto desde el punto de vista de la biología pura que forzosamente tiene que estar sometida a las influencias superiores de la civilización. Para un biólogo las formas del comercio carnal se concretan a aquellas que encierren las garantías mejores para la buena procreación, aunque se trate de una práctica incestuosa; pero esto no podemos admitirlo dentro de la evolución normal de la cultura ni de la solidez que se hace necesario dar a todos los sentimientos de la Humanidad perfecta y socialmente bien organizada. El biólogo, como el sociólogo, no es un moralista, y la vida está formada por razones naturales y leyes morales de las que no es lícito prescindir.

Hay dos razones fundamentales que justifican la necesidad "moral" de la prostitución: el matrimonio monógamo por un lado, y la forma en que está establecida la institución matrimonial por otro. No obstante, con preferencia a estos enunciados, podemos sumar el celibato, o, mejor dicho, la imposibilidad material que existe para algunos hombres de poder contraer matrimonio, aunque sea con arreglo a las normas inveteradas. La mujer no escapa tampoco en su totalidad a esta razón fundamental, si bien no puede decirse que, como ocurre a los hombres, es el impulso sexual lo que principalmente determina su "caída", porque si así fuera, si las necesidades fuesen idénticas y la moral autorizase a ambos sexos a manifestarse con idéntica libertad, habría también casas de prostitutos como las hay de prostitutas. Ahora bien, tanto la moral como las leyes naturales, han hecho que la mujer no demuestre la misma actividad sexual que el hombre, diferencia que siempre se hace preciso tener en cuenta para explicarse la razón de los hechos.

El doctor Morselli escribe: "Dos caminos están abiertos para los célibes, y ambos no ciertamente muy de acuerdo con la dignidad humana; pero mientras uno no trae desorden en la sociedad, respeta,

hasta cierto punto, la libertad individual, aun desarrollándose fuera de las instituciones llamadas "morales", y es la prostitución; el otro, por el contrario, ataca la familia en su base, destruye el principio moral sobre el que se basa la sociedad, ofende derechos sacrosantos, hiere todos los principios de lo honesto: es el adulterio. ¿Cuál de estos dos males es preferible?..."

Esta opinión se refiere solamente al aspecto social de la familia y de la Humanidad, por lo tanto; pero es que también hay un aspecto fisiológico importantísimo del que no se puede prescindir por un instante, como la tan repetida necesidad de satisfacción del instinto sexual. Negar la existencia de estas razones no es más que aferrarnos al concepto de una ética artificiosa y formulística que tan duramente contrasta con las leyes fisiológicas del desarrollo individual y con las sociológicas de la evolución social.

La prostitución marcha parigual con el matrimonio basado en artificios y sostenido por idénticos puntales. Y otro tanto puede decirse de la corrupción de las costumbres que tan profundamente atacan a la moral familiar. Ni los mismos teólogos se han atrevido nunca a lanzarse en franca lucha contra este mal necesario. San Agustín decía que, "así como el verdugo, por repugnante que sea, ocupa un puesto necesario en la sociedad, así la prostituta y sus similares, por mercenarias, viles e inmundas que parezcan, son también necesarias e indispensables en el orden social; apartad a las prostitutas de la vida humana y llenaréis el mundo de lujuria".

En el mismo sentido se manifestaron otros teólogos, incluso los más fervientes partidarios de la doctrina ascética. Sólo ateniéndonos a la importancia de las opiniones de estos hombres, defensores y propagadistas de una religión que considera el acto sexual como el pecado más grave y repugnante que puede cometer el género humano, tendríamos bastante para afirmar a voz en grito que la prostitución es necesaria: "Algo tendrá el agua cuando la bendicen", dice un viejo proverbio español; "Algo tendrá de bueno la prostitución cuando los teólogos de la Iglesia de Cristo no han intentado suprimirla", podemos decir nosotros.

Algunas autoridades religiosas se mostraron contrarias a que la prostitución se tolerase en las ciudades pequeñas, "por el mal ejemplo que fácilmente podía trascender a todas las mujeres". No obstante, siendo ese mal ejemplo lo que se trata de evitar únicamente, tampoco hay razón que justifique la pretensión de esas autoridades y hasta diríamos que la presencia de las prostitutas en centros de población reducidos, lejos de servir de estímulo para la pérdida de la virtud de las otras mujeres, más bien significa una demostración pal-

pable de lo que puede ocurrirles, ya que la existencia de una pr... tituta en estos medios rurales no resulta tolerable más que para ... jeres a las que su falta de atractivos haya cerrado las puertas ... ciudades mayores en las que se necesiten otras dotes para lu... con ventaja contra la competencia de las más jóvenes y bellas ... logicamente han de ser las dueñas del comercio más provecho... No hay que olvidar que muchas mujeres que caerían en el ab... de la prostitución, se contienen ante la perspectiva de un porve... incierto. Una anciana prostituta parisién que en otro tiempo g... de belleza y fortuna, me aseguraba hace dos días que se hubie... matado mil veces antes de repetir su pasada existencia, si la fu... posible nacer de nuevo. La infeliz pasea casi todas las noches p... la Avenida Wagram, y cuando alguna bellísima cocota la invita ... la terraza de los múltiples cafés de la popular rúa, no deja de m... trarla su propio ejemplo.

A la inversa, en las grandes aglomeraciones urbanas es donde ... moral adopta otros aspectos distintos, siendo más fácil que las j... venes virtuosas imiten a las que no lo son, porque siempre exis... mayores facilidades para disfrazar el origen del elemento económ... imprescindible para tales empresas.

Otra de las razones de la necesidad de la prostitución la encon... tramos en el hecho de la poligamia facultativa de que ya hem... hablado. Claro es que no resultaría demasiado justo fundamen... en este solo aspecto la precisión del conservar este mal necesario, y... que ese carácter facultativo depende sólo de unos estados particul... res de la mujer, esto por regla general, que no suelen prolongar... por un tiempo tan largo que pueda dar lugar en el hombre a obse... var una abstinencia insoportable.

Hasta finales del siglo XVII y principios del XVIII el mundo civ... lizado mantuvo un gesto verdaderamente hipócrita frente al progre... de la prostitución, desarrollo que no era más que el resultado de l... leyes naturales. Lo mismo en la literatura que en el teatro, la pros... tituta no figuraba más que como motivo de escenario y ejemplo d... vergüenza, aunque en las obras descriptivas, que no puede decirs... que fueran científicas hasta que apareció el célebre libro de Parent... Duchatelet, los tratadistas se limitaban a estudiar los aspectos so... ciales e higiénicos sin ocuparse de la personalidad de la prostituta.

Más tarde se hizo otra literatura atribuyendo a la mujer pública ... virtudes morales que hasta pudieran ser envidiadas por las más ho... nestas mujeres. *Naná*, de Zola, *La Dama de las Camelias*, de Dum... *Manón Lescaut*, del abate Prevost, y tantas otras verdaderas joya... de la literatura mundial son una exaltación de la prostitución, c...



ISLEÑA DE LOS MARES DEL SUR

Antiguamente, estas mujeres se entregaban sólo por pequeños regalos, pero jamás por dinero. Hoy, en virtud de las influencias de la civilización, las costumbres han cambiado bastante. (Foto Gauthier, Tahití.)

LAMINA III



BAILARINAS BALINESAS

Desde muy jóvenes, estas mujeres son educadas para actuar en los festivales religiosos en honor de las divinidades del amor, sin perjuicio de aceptar las caricias de los hombres que quieran pagarlo.

LAMINA IV

casi se nos aparece como algo que sólo puede compararse con la admiración que por las más prestigiosas hetairas sentían los antiguos griegos. Después de escritas todas estas obras, en todo el mundo, y muy particularmente en los países latinos, e influenciados por éstos, se hicieron malas copias de las obras fundamentales, pero cosas sin sentido, faltas de ciencia, de conocimiento sincero y hondo del problema y hasta de la fácil psicología de la prostituta. En España el "cante flamenco", y en la Argentina el "tango", se han inspirado, en gran parte, en este aspecto de la sexualidad desencadenada.

Por estas razones, vemos que hasta la literatura se ha enriquecido a costa de la prostitución con muy bellas obras inmortales, habiendo ocurrido otro tanto con el teatro. En España no se trató este tema hasta que Vidal y Planas no escribió su *Santa Isabel de Ceres*, verdadero poema de la baja prostitución, de la animalidad sexual, por mejor decir, sin más reglas ni adornos que los pocos que tan crudamente puede aportar el instinto más primitivo. No obstante, esta obra adolece de muchos defectos, si es que ha de ser analizada desde el punto de vista del psicólogo.

Todas estas producciones escandalizaron a una gran parte de los moralistas, que, a pesar de todo, tenían sus razones para no alarmarse demasiado; ésta ha sido siempre la hipocresía de medio mundo para juzgar los actos del otro medio. En Inglaterra, cuando en 1714 publicó Bernard Mandeville su libro *La fábula de las abejas*, absolutamente toda la opinión británica se levantó como un solo individuo contra las teorías sostenidas por el sabio psicólogo, quien si nos fijamos bien no hizo más que dar vueltas en torno de las opiniones que los mismos santos habían manifestado mostrándose tolerantes con la prostitución, como remedio único para evitar males infinitamente mayores y de muy difícil arreglo. Más tarde, estas mismas ideas han servido de base para defenderla, lo que prueba que en todo tiempo han existido las mismas causas originales, coco ocurre con la evolución de todos los hechos históricos arraigados en la Naturaleza.

Uno de los puntos del libro de Mandeville que sirvió a los puritanos de motivo fundamental para atacarle fué este simple párrafo lleno de conceptos sabios: "Si las cortesanas y rameras fueran perseguidas con el rigor que desean algunas personas imbéciles, no serían suficientes los pestillos, las barras y las cerraduras para guardar y proteger el honor de nuestras esposas y nuestras hijas... Es evidente que es preciso sacrificar a unas cuantas mujeres para preservar a las demás, para impedir una hediondez o inmundicia de naturaleza mucho más repugnante que ésta. De lo cual deduzco y

creo que la castidad está protegida por la incontinencia, y que las más bellas virtudes necesitan de la ayuda de los peores vicios."

La hipocresía de esta unánime protesta salta a la vista del más obtuso observador. Si Mandeville no hubiera aludido a las "personas imbeciles", es fácil que nada hubiera ocurrido; pero al referirse a estas personas, sus ataques iban dirigidos de una manera rectilínea a los moralizadores de la época que "rogaban a Dios mientras daban con el mazo". En esos tiempos, la prostitución no era en Inglaterra —ni en ningún pueblo europeo—una cosa nueva, ni tampoco puede decirse que los moralistas y legisladores no hubiesen fracasado en toda regla en sus furiosas tentativas para suprimirla. Lo que sucedía era que al ser considerada la prostitución como algo pecaminoso y rabiosamente horrendo, pero imprescindible, tratábase por todos los medios de hacer como que se ignoraba.

La doctrina protestante influyó en demasía en la apreciación de este estado de cosas, pues el criterio de las más elevadas autoridades de dicha Iglesia trataba de eludir toda discusión en ese sentido, ateniéndose exclusivamente al contenido de la Biblia, que condena la fornicación con los pecados más graves, sin compadecerse jamás de la prostituta ni tolerar en ningún sentido la prostitución. El más rudo golpe asestado a la opinión de los puritanos fué su afirmación de que las casas de prostitución eran tan necesarias como las iglesias.

Posteriormente, ya no hubo grandes inconvenientes en seguir desarrollando estas ideas por todos los medios, tanto por los sociólogos como por los literatos y los médicos. Charles Richard dice que la actitud, sin mezcla alguna de falsa vergüenza, por la utilidad de esta institución y de compasión y lástima hacia esas pobres criaturas, "a cuya costa se obtiene dicha utilidad y conveniencia social".

De todas las opiniones emitidas después de los teólogos, la de Hutchinson es la más valiosa. Este célebre médico arremete violentamente contra la prostitución y dice que la prostituta es "la peor muestra del sexo femenino", si bien a seguidas de sus razonamientos afirma rotundamente que "la prostitución es, a pesar de todo, un agente social de inconmensurable valor". Razona los pros y los contras con un juicio claro y elevado: "Desde el punto de vista médico-económico, dice, me atrevo a afirmar que es uno de los agentes selectivos y eliminativos de la Naturaleza de mayor importancia y que presta a la comunidad servicios de inmenso valor. Podríamos denominarlas, con acierto, válvulas de seguridad del matrimonio."

Otros autores sostienen la teoría—bastante discutible—de que la prostitución es un medio que utiliza la Naturaleza para limitar la actividad procreadora de los hombres, "y, sobre todo, para retardar el período de madurez sexual".

Puede decirse que la actividad procreadora de los hombres no depende de éstos tanto como de la mujer. Un individuo puede permanecer entregado a las aventuras con prostitutas hasta la edad en que dejan de cometerse tonterías, o sea al desaparecer el ardor sexual de la primera juventud, pero después, ya que, como está suficientemente demostrado, esto no impide al hombre contraer matrimonio, resulta que con que sólo le queden diez años de vida sexual, hallándose su esposa en condiciones normales, puede ser padre media docena de veces, con la mayor facilidad. Esta teoría que discutimos se halla en oposición con la segunda parte que se refiere al retardo de la madurez sexual del hombre, hecho mucho más importante y de indudable interés biológico.

Hay otro aspecto muy interesante: el entrenamiento sexual preconyugal que necesita el hombre para arribar al matrimonio en las mejores condiciones "técnicas" no puede obtenerse, moralmente, por otro medio que el que ofrece éste comercio sexual, desde luego incompleto, puesto que no comprende más que la parte puramente fisiológica del problema. Claro es que en virtud de ese "desdoblamiento del amor" de que tan inteligentemente nos habla Jiménez de Asúa, resulta que se da a la prostituta lo que es de la prostituta y a la novia lo que la pertenece. Vemos, pues, que el desdoblamiento resulta necesario, hasta cierto punto, siempre que después de efectuada la unión conyugal los factores psíquicos y fisiológicos se unan y se centren en la mujer legítima.

Si esta armonía se efectúa y no existe el riesgo de que después de efectuado el matrimonio el marido vuelva a las andadas de su vida de soltero, no hay inconveniente en reconocer las ventajas de la prostitución. Por lo general, rara vez deja de ser cierto el dicho popular que afirma que "el que no *la corre* de soltero, la corre de casado", como tampoco deja lugar a dudas el hecho de que el hombre realiza frecuentes divorcios en cada amor espiritual o sexual que abandona antes de contraer la unión definitiva.

La prostituta no está capacitada para mostrar al hombre ningún ejemplo completo de lo que ha de ser su vida conyugal futura; lo único bueno que nos ofrece este comercio es, como si dijéramos, la facilidad que tiene el hombre para descargar su excedente sexual, que si se acumulase hasta la hora del matrimonio, aparte de los trastornos que produce toda abstinencia prolongada, daría lugar a que las tendencias polígamas le indujesen a salirse del marco del matrimonio para satisfacer sus necesidades de variación sexual.

Naturalmente, puede darse el caso de que un frecuente trato con prostitutas y mujeres sumamente fáciles absorban por entero la vida sexual del hombre. Este caso no se da con mucha frecuencia, y cuando ocurre, puede decirse que afecta solo a individuos de escasos recursos mentales. Erhard dice a este propósito que la prostitución corrompe tan solo a los hombres de poca valía, "y si con ello pierden éstos el deseo del matrimonio, tanto mejor para los hijos que hubieran podido engendrar, caso de casarse".

No obstante, pese a las buenas intenciones de muchos maridos, en su vida conyugal tropiezan con los obstáculos más variados, casi siempre de índole puramente sentimental. Infinitos hombres casados acuden a las casas de prostitución, no para satisfacer un deseo carnal ni una lujuria viciosa, sino simplemente con el fin de conversar, de distraerse, de permanecer por unos momentos en un ambiente de absoluta libertad en el que sea posible expresarse sin prejuicios de ningún género ni convencionalismos de clase alguna, cosa que no es tolerable en los medios donde la honestidad llega a adquirir los carácteres más artificiales.

En el aspecto exclusivamente sexual no cabe duda que la civilización ha impuesto restricciones demasiado graves para que puedan ser acatadas en toda su amplitud. No cabe duda que en cuestiones de amor el naturalismo absoluto que da lugar a la máxima sinceridad en la expresión de los sentimientos, se acerca más a la perversion que a la normalidad derivada de los convencionalismos sociales. En muchos pueblos primitivos donde un hombre y una mujer que se aman o se desean practican toda clase de desviaciones, esto es natural y no merece la condenación del resto de la comunidad. Investigando un poco en las raíces de tales procedimientos nos encontraríamos con que todos ellos se fundan en razones biológicas, por lo que no tendríamos derecho a decir que esas gentes estaban degeneradas. Si las virtudes de una raza pueden apreciarse en la calidad de sus individuos, muchos pueblos de Asia, Oceanía y América que practican todas las modalidades de la desviación del impulso sexual, están formados por individuos robustos y de magnífica constitución mental y física.

Estos son los puntos de contacto que existen entre los degenerados de los pueblos cultos y los salvajes de los países que viven más en contacto con la Naturaleza y todas sus leyes. Así, pues, o decimos que unos y otros son degenerados, o nos conformamos con afirmar sólo que los supuestos degenerados de la civilización no son más que individuos que se subordinan más al imperio de sus instintos que a las conveniencias de la moral que dicta la civilización. Esto, indudablemente, parece lo más natural.

Pues bien: la prostitución ofrece un campo adecuado para el ejercicio de esos instintos primitivos y groseros del sér humano, del hombre, mejor dicho, que por momentos necesita de esas satisfacciones extraordinarias imposibles en el matrimonio, cuando la esposa fué educada en los principios morales que más se ajustan a las corrientes tradicionales de la civilización. No cabe duda que en todo individuo existen dos personalidades diferentes y casi diametralmente opuestas. Bloch dice, refiriéndose al ilustre escritor dinamarqués Jakobsen, que sentía muy agudamente el contraste entre sus impulsos elevados y habituales y ese desahogo ocasional y explosivo de lo que consideraba sus instintos groseros. "En momentos así—dice Bloch—el hombre es un sér ajeno y distinto a lo que es en su estado normal. Las "dos almas" que dicen tenemos dentro de nosotros adquieren realidad hasta el punto de preguntarnos: ¿Es ese el famoso sabio el elevado idealista, el asceta puro, el artista que nos ofrece tan bellas y magníficas y elevadas obras en pintura o en poesía? No es fácil reconocerle, porque en esos momentos otro sér sale a la superficie, otra naturaleza se mueve y acciona en él, y con la fuerza de un poder nuevo le impele hacia unas cosas que repugnarían y despertarían el asco y el odio de la otra conciencia superior del hombre civilizado que dentro de él se encuentran."

Muchos maridos amantes de sus esposas legítimas llegan a abandonarlas por momentos para entregarse en brazos de otras mujeres con las que les están permitidas todas las libertades sexuales. Este es el desdoblamiento del amor, producido por ese sentimiento que experimenta todo hombre que se cree honrado y que no quiere hacer participe de sus instintos groseros a la delicada mujer a quien se ha unido, porque ello equivaldría a "prostituirla", ateniéndose a la razón simple de que todo esto sólo lo toleran las prostitutas a quienes paga. Así, pues, mientras las cosas no pasen de ese límite y no dejen de tener un carácter puramente accidental, vemos que la prostituta sigue siendo el objeto insustituible en el que pueden satisfacerse las necesidades del alma primitiva del hombre.

El hecho, pues, tiene raíces biológicas indiscutibles y se forma también de complejos anímicos muy difíciles de unificar y concentrar en un solo objeto. La mujer legítima, justo es confesarlo, se somete a veces a esas tiranías antropológicas, pero nunca completamente, al menos en todo lo que es capaz de concebir la dilatadísima imaginación de muchos hombres. Hay maridos perfectamente honestos en su vida conyugal, pero que a lo peor están bajo el do-

minio de cualquier perturbación, de cualquier psicosis sexual de expresión repugnante, de lo que se avergüenzan en los momentos en que pueden sustraerse a ese dominio. Sé de un señor perfectamente culto y de gran posición en el mundo intelectual, que sólo acudía a las casas de prostitución para presenciar cómo las mujeres se sometían a los caprichos de otros hombres. Oculto tras otra puerta, observaba lo que sucedía entre una prostituta y su amante ocasional, y cuantas más perversiones presenciase mejor pagaba su localidad de mero espectador. Esto le excitaba hasta el extremo de lograr el orgasmo.

Claro está que estos casos, como veremos en otros volúmenes, entran de lleno en los índices de la patología del psiquismo; pero existen otros muchos que no es posible incluirlos en el mismo enunciado, ya que los individuos resultan perfectamente normales en el resto de todas las manifestaciones de su vida pública y familiar.

Mientras el celibato sea una costumbre y la monogamia una ley, las cosas seguirán sucediendo de esta manera y la prostitución servirá para atenuar tales rigores que en nuestros medios morales no "deben" remediarse fuera de los márgenes propuestos.

Las ventajas que a la sociedad reporta la prostitución son, pues, de verdadera importancia, punto crítico en el que no han tenido más remedio que concurrir incluso los moralistas más acendrados.

En esta cuestión se hace imprescindible establecer dos puntos de vista importantísimos; llegamos al momento de oponer otras razones a las anteriormente enunciadas. La prostitución en sí, esto es, la necesidad de que existan mujeres en las que libremente puedan los hombres atender al desahogo de los impulsos naturales del sexo, no cabe duda que es tan útil como pueda serlo la institución más fatal y acreditada; este es un punto de vista indiscutible. Pero el otro punto de vista, la segunda parte del problema, es que la prostitución no está organizada de forma que sólo pueda producir resultados beneficiosos a la colectividad, que sería lo ideal, sino que de ella se derivan males infinitos de gran trascendencia y gravedad. En resumen, que no es mala la prostitución, sino las formas en que se practica.

No cabe duda que nos hallamos ante un hecho de una complejidad verdaderamente extraordinaria. Lo cierto es que la subsistencia de la prostitución se debe al estado de nuestro sistema matrimonial por un lado, y a la inferioridad en que la mujer se halla situada en relación al hombre, por otro. No obstante, prescindiendo de estas razones, hay otras abundantísimas que animan a combatir a "casa

mal necesario, pero que, como decimos antes, se basan en la forma más que en el fondo.

Puede decirse que el lupanar, esto es la "casa de putas", está fenecida a desaparecer, y en algunas grandes ciudades casi puede decirse que apenas existen. La prostitución de las grandes aglomeraciones urbanas tiene en las calles su centro de contratación. Las necesidades de la civilización por una parte y el sentimiento de la libertad por otra, han borrado casi el aspecto denigrante del comercio crudo de la sexualidad. La mujer pública de hoy actúa en todas partes menos en el prostíbulo, que sólo queda para las capitales de provincia y pueblos grandes, donde las mujeres dedicadas a esta profesión siguen ignorando los métodos estéticos externos que tanto influyen en la selección refinada. (Lámina V.)

El tipo de prostituta que vemos en la lámina citada ha sido sustituido por la muchacha elegante, delicada y refinada de los bulevares parisinos, de la madrileña calle de Alcalá, de las ramblas barcelonesas, del Rocío lisboeta, del Piccadilly londinense, etc., quedando las otras para los aledaños de esas ciudades donde la clientela no sólo no exige, sino que hasta muestra cierta repugnancia por ciertos refinamientos del atavío y la higiene.

Ha desaparecido con el lupanar el chulo matón, peligroso y cobarde y la esclavitud de las mujeres que a ellos se sometían. Esto no quiere decir que ya no existan los hombres que viven a costa de estas mujeres; lo que ocurre es que no son tan visibles y sí mucho más filósofos, como veremos más adelante y en otro volumen.

El antiguo sistema del lupanar mostraba toda la crudeza del comercio de una forma repugnante de esclavitud, pero el progreso de las ideas libres ha llegado hasta lo más hondo de la vida social, y por lo tanto, a este aspecto del sexo. No cabe duda que la moral ha ganado bastante, hecho que no han dejado de aplaudir los sociólogos, aunque los higienistas no podamos decir lo mismo...

Hay que reconocer, desde este punto de vista, que el sistema de la casa de prostitución tenía una ventaja enorme sobre el actual del comercio libre: nos referimos al aspecto más grave, como es el contagio de las enfermedades venéreas. Entonces, cuando las mujeres estaban recluidas en centros en los que había que buscarlas, resultaba mucho más fácil atender a las necesidades de policía sanitaria con el fin de evitar en todo lo posible la propagación de todo ese cúmulo de dolencias sexuales que sirven de punto de apoyo para combatir a la prostitución. Con el moderno sistema de la prostitución libre, los procedimientos de investigación y profilaxia no

son tan eficaces ni es posible que ofrezcan la menor garantía de seguridad ni para la prostituta ni para el cliente.

Las relaciones entre éstos y aquéllas no cabe duda que se han hecho más agradables; pero tampoco es posible negar que, a la vez, son también más peligrosas. En el volumen XXV, titulado *Un mes entre prostitutas*, veremos con todo detalle cuáles son los inconvenientes del sistema moderno, que, además, da cabida a la delincuencia, al cocainismo, a los vicios y crímenes más diversos, que antes eran casi desconocidos en las mansiones del amor mercenario.

Algunos tratadistas estiman que uno de los aspectos más agradables de la prostitución moderna es que la mujeres se han refinado, se han estetizado y son más atrayentes, marchando así en el camino evidente del progreso. Pero esta conformidad nos parece un poco cínica, porque mientras los males secundarios—que resultan esenciales—no se desarraiguen del todo, el hecho de mostrar satisfacción por este progreso, evidencia una conducta tan insensata como celebrar que el ladrón haya sustituido la ganzúa por el soplete de llama oxídrica. La prostitución se ha modificado en cuanto a lo que a sus manifestaciones externas se refiere, pero en el fondo, no cabe duda que los males, lejos de atenuarse, se han agravado. Que una prostituta mal ataviada, sucia y antiestética, por decirlo así, transmita a un cliente un sifilazo parece más natural que el hecho de que la infección sea transmitida por una elegante trotacalles que habla idiomas y lee, por ejemplo, a Eugenio d'Ors, pongamos como caso de refinamiento intelectual...

Así, pues, la consecuencia más grave del actual sistema de la prostitución es hoy, como antes, el problema de la infección venérea. Para que la prostitución llenase en absoluto todas las necesidades más útiles, sería preciso elevarla a la categoría de una institución casi científica o científica sin casi. Algo así existió en el Japón hace siglos y hasta puede observarse en nuestros días; aquí se compagina la higiene con la espiritualidad encantadora de la antigua hetaira griega. Pero volver a estos tiempos, cuando las necesidades económicas resultan cada vez más complicadas y las mujeres prefieren medias de cinco duros a las de cinco pesetas, resulta bastante más difícil de lo que parece.

Es cierto, como dice Ellis, que "para un cierto número de hombres sujetos a las condiciones impuestas por la vida urbana, la prostituta empieza a ser algo más que el denigrante instrumento de un momento de deseo lascivo; buscan en ella a la mujer agradable y simpática, cuya conversación les aparte por algunas horas de la tensión diaria y de la rutina de la vida. Una vez que colocamos el acto

de la prostitución sobre una base humana, aun cuando en manera alguna puede decirse que sea medio para el perfecto desarrollo de la vida de unos y otros, dejará de ser todo lo vil y degradante que es ahora. De otro modo no hubiera triunfado por tanto tiempo la antigua prostitución religiosa entre las mujeres de clase elevada en las orillas del Mediterráneo, ni en la misma Lydia, en donde la posición que ocupaban era muy elevada".

Está bien; más, a pesar de todo, las enfermedades venéreas y su propagación no desaparecen por esto; toda la oposición de los que combaten la prostitución estriba en ese punto esencial; lo demás no son más que adornos retóricos y estéticos y ganas de pasar el rato.

Otra de las consecuencias del comercio exterior sexual de esta naturaleza es el desarrollo de toda clase de vicios, especialmente el alcoholismo, que, a la vez, constituye el mejor aliado en la conquista de las enfermedades venéreas. Un joven de veintisiete años a quien tuve ocasión de conocer, se reunió con varios amigos la noche anterior a la de sus nupcias. En un estado lamentable llegaron a una calle donde les esperaban varias amigas, pero antes de arribar a la meta se encontraron con una vieja que les prometía delicias sin cuento tras la cancela donde se había situado para cazar a los incautos que pasaban por la calle. En efecto, entraron para "pasar un rato", saliendo después de haber quedado en condiciones tales que no les permitieron ir en demanda de las caricias de las amigas. El resultado fué que a los veinte días el joven y su esposa estaban inficcionados de sífilis.

La prostitución libre de las grandes ciudades encierra, además, un motivo de ejemplo que sirve de cebo para las muchachas virtuosas de las clases humildes. Esas modistillas y mecanógrafas que a lo mejor ya sucumbieron a las solicitaciones de sus novios o sus jefes se ven fascinadas ante el espectáculo deslumbrador de las mujeres galantes que usan vestidos caros y alternan con los hombres en cafés, teatros y círculos de toda naturaleza. Este es el origen del aspecto monetario de la prostitución, que jamás desaparecerá de la ética de la profesión.

Entre cierta clase social la prostitución ya no es claustrada ni libre, en el sentido policíaco de la expresión, ya que las mujeres dedicadas a este comercio están provistas de un carnet perfectamente registrado en los índices de las Jefaturas de Policía. Nos referimos a la prostitución clandestina que no se somete a control alguno, en virtud de que las mujeres que la ejercen disfrutan de algún empleo o colocación que no es otra cosa que el disfraz de sus verda-

Esto da lugar a que el desarrollo de las enfermedades venéreas adquiera proporciones insospechadas. Tal clandestinidad se vale de infinitos procedimientos para escapar a la acción investigadora de las autoridades sanitarias, y la misma Policía tropieza con innumerables inconvenientes para dar con estas mujeres. En Madrid, por ejemplo, cuando un hombre va a cualquier casa "discreta" o "amueblada" con una mujer, casas que se anuncian en periódicos y guías nocturnas, la encargada del establecimiento para quien la muchacha resulta desconocida o "sospechosa"—de virtud, se entiende—, se limita a preguntarla los años que tiene. Aunque cuente quince esto no es un obstáculo con tal de que una amiga complaciente de cuarenta años la haya prestado la suya. En una ocasión una joven de veinticuatro años se presentó acompañada de su galán en una casa de esta naturaleza. La muchacha no representaba más de dieciocho o diecinueve, por lo que siempre iba provista de la cédula personal, que en España es el documento más impersonal que existe. La encargada, no queriendo creer en la edad, se negó a admitir a la pareja, pero la muchacha la mostró el documento:

—Vea usted como es verdad que tengo veinticuatro años.

Y replicó la proxeneta, después de leer el documento al revés:

—Sí, sí, pasen ustedes; es que no sé leer...

A pesar de todo, la edad, francamente, es lo de menos. Es estúpido creer que la cédula o el documento más formal de identidad que pueda existir son suficientes para impedir el mal más grave de la prostitución clandestina. Lo natural sería que las dueñas de casas de esta naturaleza exigieran a la muchacha la cartilla de prostitución y con ella el resultado del último reconocimiento de la Policía sanitaria. Mas, no obstante, no se necesita de estas casas más o menos discretas para que el acto sexual tenga lugar y la propagación de las dolencias se desarrolle *normalmente*.

No es posible, entonces, atacar este sistema de prosticución que escapa a todas las inquisiciones policíacas. Pudiera proponerse el informe del médico a quien acudieran los enfermos, en el sentido de facilitar a la Policía el nombre y dirección del paciente; pero esta teoría es absurda, puesto que los males se harían infinitamente más graves y se perdería en absoluto la confianza que al individuo debe de inspirar el clínico.

En resumen, que frente a un sinnúmero de ventajas nos encontramos con la existencia de múltiples inconvenientes de toda índole. En estas condiciones no cabe duda que lo mejor sería suprimir en

absoluto la prostitución. Pero esto es imposible, y la única solución estriba en modificar por completo las teorías equivocadas y antiguas que tenemos acerca de la sexualidad. "En tanto no seamos capaces de llevar a cabo estas reformas, dice un autor, no habrá más remedio que conformarse con el género de prostitución que merecemos."

PSICOLOGIA DE LA PROSTITUTA

Las teorías de los italianos.—Factor biológico de la prostitución.—Singularidades de la prostituta italiana.—La prostituta no es siempre inmoral.—Sus vicios y sus virtudes.—Su pudor en relación con su vida.—La mala educación, base y motivo.—La miseria y el afán de lujo.—Las muchachas del servicio doméstico.—El temperamento sexual de la prostituta.—Un caso.—Sus necesidades espirituales.—La homosexualidad entre ellas.

La prostituta, ¿nace o se hace?... Muchos tratadistas sostienen que estas mujeres forman una clase anómala y degenerada, por lo que no pueden ser consideradas como seres normales, esto es, que ya nacen predispuestas para la vida que han de ejercer, y otros autores estiman que son los medios sociales los que determinan estas inclinaciones.

Los partidarios de la escuela de Lombroso y Ferrero y otros psicólogos italianos opinan que la prostitución de la mujer equivale a la criminalidad en el hombre, habiendo llegado hasta el extremo de asegurar que es conveniente la prostitución, no sólo por los beneficios que reporta a la institución conyugal, sino también porque muchas mujeres, de no poder ser prostitutas, serían criminales capaces de cometer los mismos delitos que los hombres. Se pretente justificar esta teoría con el hecho de que en las familias numerosas en que los hombres tienden a la criminalidad, las mujeres toman el camino de la prostitución, ambos de una manera puramente instintiva.

Este punto de vista acerca del factor biológico de la prostitución creo que ha sido razonablemente combatido, al menos en el sentido lombrosiano que apenas si admite las causas económicas, para dejar paso franco a sus audaces teorías. Otros autores, seguramente más a tono con la realidad, afirman que estas mujeres representan seres degenerados que no ofrecen resistencia alguna a la lucha social y que están más expuestas a la criminalidad que las mujeres sanas y

honestas. Carrara, partidario también de Lombroso, afirma que los caracteres principales de la prostituta culminan en la ausencia de los afectos familiares (comprendiendo el amor materno), en la glotonería, en la pasión del juego, en la vanidad, en el amor al ocio, en la volubilidad, en la imprevisión, en la falta de pudor, etc. "Completan la psicología de la prostituta nata—dice—, la perversidad precoz, los celos, el espíritu despiadado de venganza y una verdadera y propia criminalidad. Hay también prostitutas de ocasión, las cuales no presentan ningún carácter físico degenerativo, o presentan pocos, y todavía esas son notablemente anormales de la criminalidad de ocasión, porque para la importancia fundamental del pudor en la psicología femenina, la mujer que lo pierde fácilmente y lo ofende debe ser más profundamente anómala que aquella que, cediendo a tentaciones, viola la propiedad o la integridad personal ajena. Si la prostituta, que es psicológicamente una criminal, no comete delitos con más frecuencia, es porque la debilidad física, la escasa inteligencia, la facilidad de procurarse todo aquello que desea con medios más fáciles, la empujan más bien a la prostitución."

No obstante, parece ser que donde se acusa más firmemente esta clase de prostituta enormemente degenerada es en Italia, si tenemos en cuenta que los investigadores de otros países no se han mostrado nunca tan entusiastas partidarios de estas teorías. Lo que sí puede admitirse sin discusión alguna es que una inmensa mayoría de la prostitución está constituída por individuos de mentalidad débil e incluso tarados, como, por ejemplo, por la epilepsia, el histerismo y otras tendencias psicopáticas. Ahora bien, esto sucede en otra inmensa mayoría de mujeres realmente honestas, pero que se encuentran en mejores condiciones económicas, y, sobre todo, de educación, factores importantísimos que deben atenderse siempre para no dar lugar a graves errores de interpretación.

Lo que no puede admitirse, en términos generales, es que en la prostituta se señale bien definida una ausencia completa de afectos familiares: se conocen casos infinitos de mujeres que ejercen la prostitución clandestina e incluso pública, con tal de poder sostener a su familia. Yo pudiera referir más de doscientos casos de mujeres que sólo alquilan sus cuerpos cuando las necesidades económicas de la familia no pueden solucionarse por otros medios más morales, y la prueba es que tan pronto como han logrado estabilizarse rechazan en absoluto las proposiciones más tentadoras hechas a cambio de favores sexuales por hombres que antes las favorecieron espléndidamente, bien porque hayan contraído matrimonio o en virtud de cualquier reacción moral equivalente.

En cuanto a la pasión del juego, la vanidad, el amor al ocio, la volubilidad, etc., podemos decir que son condiciones necesarias a la profesión. El amor al juego de las prostitutas hay que estudiarlo desde diferentes puntos de vista, según la categoría a que pertenezca la prostituta. Entre la que asiste a las partidas de ruleta de Montecarlo y la que juega al tute con los clientes de la mancebía con una baraja mugrienta, existe una diferencia enorme. La primera, la elegante, la cosmopolita, juega por lo mismo que las grandes duquesas, las esposas de los diplomáticos y las mujeres más honestas desde el punto de vista de la sexualidad: esto es, por necesidad de dinero, por exhibirse a sí mismas o exhibir la potencia económica de sus amantes o esposos y hasta por la indudable emoción del juego; en resumen, casi siempre por necesidad de la profesión y por vanidad también.

Esta vanidad que cita Carrara es tan necesaria a la prostituta como pueda serlo cualquiera de sus adornos; la vanidad está formada por una serie de circunstancias y detalles complejos que van desde la forma de mirar hasta la manera de beber un simple vaso de agua. No obstante, hay innumerables mujeres públicas cuyo orgullo se limita exclusivamente a la evocación del pretérito; las que dicen ser hijas o nietas de generales y príncipes no pueden decirse que sean vanidosas por este sólo hecho: es que, conocedoras de la psicología del hombre, saben de sobra que la situación inferior en que evidentemente se encuentran en relación a su cliente, sólo puede ser atenuada e incluso olvidada por medio de la aportación de esos recuerdos que significan la existencia de otra superioridad racial. En una ciudad de Marruecos tuve ocasión de conocer a una mujer de cerca de treinta años, a la que llamaban "la Marquesa", por ser nieta de un antiguo título. Esta mujer no tenía nada de particular si la comparamos con sus compañeras de burdel, pero, en cambio, disfrutaba de la más numerosa clientela, aunque no la más selecta. No había soldado de la guarnición que no se envaneciera de haber pasado unos momentos en intimidad con "la Marquesa".

El amor al ocio de la prostituta es también una consecuencia naturalísima de la profesión. Ahora bien, siendo su *trabajo* relativamente fácil, no es justo decir que permanecen ociosas cuando llega la hora precisa de desplegar las máximas actividades profesionales. Según esta teoría, también puede afirmarse que tiene amor al ocio el obrero que después de cumplida su obligación procura hacer todo lo menos posible, como no sea divertirse. Más justo es decir que el amor al ocio puede conducir a la prostitución en la mujer como conduce al hombre al robo, por ser estos procedimientos más fáciles

y productivos, y, sobre todo, menos fatigosos, que dedicarse al trabajo honesto en demanda de lo necesario para el sostenimiento.

La volubilidad de la prostituta no es más que *impasibilidad* en todo caso. Si vamos a decir que tal volubilidad se demuestra en el hecho de que cambia de clientes, nos situaríamos en un terreno perfectamente ilógico. En todo caso, en el peor mejor dicho, su única tendencia estriba en ganar dinero y obtener las consideraciones que sean posibles dentro de su esfera moral. Y siendo tal la orientación que la anima, no es fácil que cambie de parecer con frecuencia. A lo sumo estos cambios de opinión adoptarán las mismas expresiones que en otro área pueden observarse en las mujeres honestas y que hasta podemos decir que es condición propia de todo el sexo femenino.

En cuanto a la imprevisión hemos de reconocer que Carrara está en lo cierto, al menos en la mayoría de los casos. Ahora bien, es preciso tener en cuenta ciertas razones; el género de vida que llevan estas mujeres no las permite a veces hacer economías. La competencia entablada entre ellas mismas necesita afirmarse en bases lógicas; las mejores toaletas, las joyas, las comodidades, los perfumes, etcétera., constituyen un elemento de atracción de importancia indudable: son las armas más eficaces que pueden esgrimir en su afán de superación y en su legítimo deseo de hacerse agradable al cliente. Y todo esto, naturalmente, cuesta dinero, y a la prostituta bastante más que a qualquier mujer honesta, si sabemos que hay una cantidad inmensa de comerciantes sin ningún escrúpulo, que, a semejanza del chulo, las explotan cuanto pueden, ya que raramente dejan da beneficiarse en menos de un ciento o un ciento cincuenta por ciento en el sistema de ventas "a la dieta", a la peseta diaria.

Estas son las razones que las impiden ser previsoras. No obstante, hay muchas que tan pronto como han logrado reunir cuatro cuartos cambian de profesión y se establecen en cualquier negocio al que procuran sacar adelante valiéndose de los antiguos métodos, si bien cuando consiguen estabilizarse es raro que vuelvan a las andadas.

Acerca de la falta de pudor puede decirse que es otra consecuencia natural del oficio. Así y todo sólo entre las prostitutas de más baja condición recluídas en el lupanar, en los tipos verdaderamente criminales de la escuela lombrosiana, es donde se ve a las mujeres completamente impúdicas que ejecutan el acto y llevan a cabo todos los métodos iniciales con la mayor crudeza y la más perfecta animalidad. Pero a no ser que haya alcanzado ese grado extremo de degeneración, por una parte, y que el hombre no mani-



LA PROSTITUTA DE AYER

Este tipo, admirablemente representado en la presente reproducción, es el de la prostituta del pasado siglo sometida al sistema casi desaparecido del lupanar.

LAMINA V



EL «POZO DE LOS BESOS»

Puerta de entrada al barrio dedicado a la prostitución en Casablanca. Las mujeres que aparecen en el grabado no son tipos de virtud... (Foto Flandrin, París.)

LAMINA VI

neste una actitud adecuada, hasta que entre ambos no se establece una corriente de confianza bien definida, lo que ocurre más rápidamente en este mundo del vicio que en los medios honestos, la prostituta revelará un pudor que en algunas es invencible. Yo apelo al juicio de todos los hombres que hayan tenido relaciones con prostitutas, y seguramente obtendremos la conclusión de que sólo las más pervertidas accedieron a desnudarse por completo en el primer encuentro.

Entre las prostitutas, como entre todas las clases "profesionales", hay de todo: bueno y malo. Las teorías de Lombroso, o han sido olvidadas o han perdido actualidad: el caso cierto es que no ha preocupado demasiado a los investigadores más modernos el estudio del origen de la prostitución basado en esas supuestas razones biológicas. Puede haber prostitutas de nacimiento lo mismo que hay criminales. Pero hay que tener en cuenta que no todas las prostitutas, ni siquiera una ínfima minoría, son capaces de sostener que no existe mejor medio de vida que el que ellas practican y siguen.

Es extraño, si hemos de atenernos a tan radicales teorías, que la gran mayoría de las mujeres públicas provengan de las clases menos educadas de la sociedad y de las más humildes, porque entonces podría decirse que la degeneración de la raza depende exclusivamente de los factores económicos, y que precisamente los degenerados habían de ser las víctimas propiciatorias de la miseria, de la ineducación y del vicio.

Es, pues, necesario basar estos hechos en razones más justas y naturales que en los enunciados de la biología. Las estadísticas de todos los países nos demuestran, sin lugar a dudas, que la inmensa mayoría de las prostitutas que ejercen su comercio libremente o que siguen el sistema de reclusión de los primitivos lupanares proceden de las clases más humildes de la sociedad en las que la miseria es el ambiente que se respira desde el nacimiento.

Así, pues, por encima de todos los razonamientos y de todas las teorías, hay que reconocer que el factor económico es el eje esencial del problema, su verdadera clave, aunque no por eso debamos olvidar otras influencias relativamente secundarias, pero que aliadas con la causa primitiva, determinan la producción de este fenómeno.

He tenido ocasión de escuchar las razones que varias prostitutas argentinas aducían para justificar su caída. Desde luego, todas ellas —treinta y dos en total— pertenecían a familias humildes. Su infancia había transcurrido en la promiscuidad del "conventillo", viendo cómo sus padres no se recataban demasiado para acariciarse y hasta cómo la madre recibía a algunos señores en el mismo lecho donde

ellas habían nacido. Afirman casi todas que las primeras sensaciones voluptuosas las conocieron con sus hermanos mayores y algunas dicen que fueron iniciadas por los maridos o amantes de su madre. Siete u ocho me dijeron que cuando llegaron a darse cuenta de la gravedad del acto cometido abandonaron el hogar; de éstas sólo tres lograron encontrar trabajo; las restantes se dedicaron deliberadamente a la prostitución. Las primeras no tardaron mucho tiempo en imitarlas.

Un buen número de ellas había contribuído al sostenimiento de las cargas de la familia, "especialmente por mis hermanos menores —decía una—, ya que ni mi padre ni mi madre eran merecedores de mi sacrificio".

Aparte de estas razones particulares, hay otras, siempre dentro del área de la miseria, que llevan a los mismos resultados. Un elemento casi indispensable del carácter femenino es el amor al lujo. En los medios de población reducidos, en los que el freno moral es más enérgico y la moral del hogar no es destruída nunca por las perniciosas influencias del ambiente de la calle, son rarísimas las mujeres jóvenes que se entregan a la prostitución, por muy duras que sean las condiciones de vida en que se desarrollen y eduquen. Por otra parte, ese atractivo del lujo que existe en las grandes ciudades, se desconoce en los pueblos, y aunque no sea ignorado, siempre hay que admitir infinitas represiones de distinto orden, social o económico, que prevalecen y se sobreponen en la interpretación de los deseos que desentonen con la posición económica de la mujer.

Por otra parte, hay un gran número de prostitutas que pertenecen a los distritos rurales: las mujeres que abandonaron el pueblo y marcharon a la ciudad, impelidas por la miseria, para dedicarse al servicio doméstico. Es de observar que el gran contigente de la prostitución se nutre de esta clase social, como lo comprueban numerosas estadísticas. Y ello tiene su explicación. Realmente, la criada de servir que tiene en casa de sus señores comodidades y un bienestar relativo, y que, además, el trabajo a que está obligada no es tan duro como el que hacía en su pueblo en la casa de sus paders, parece que no tiene motivos para desviarse de una línea honesta de existencia; sin embargo, cuando vemos que hay tantas mujeres tiradas en el arroyo que pudieron vivir felices y honradas, es preciso atribuir el hecho a ciertas causas más poderosas de lo que parece.

Si la muchacha es bonita o joven nada más, el *señorito* es el primero que se encarga de iniciarla. No cabe duda que la joven está sometida a su autoridad en alguna forma y que acaso pueda influir en mucho su conducta para asegurar su colocación. No vamos a describir todo el proceso de galanteo que se desarrolla en estas condiciones tan fáciles; pero es el caso que tan pronto como se descubre el lío entre el señor y la doncella, no hay más solución que el despido, si antes no se ve obligada a pedir la cuenta en virtud de un embarazo.

Por lo general, todas intentan conseguir una nueva colacación, pero cuando en un instante de desfallecimiento se sientan en el banco de un paseo, no falta un hombre que se la acerque. La muchacha reconoce que ya no es "honrada", y ante la perspectiva de pasar hambre y no tener donde dormir aquella noche, acepta los galanteos y sucumbe irremediablemente. Este sistema de caída es tan conocido, que no hace falta insistir en sus detalles.

Todas las domésticas de todas las ciudades concurren a los bailes públicos, donde se encuentran con paisanos y amistades. El noviazgo no tarde mucho tiempo en establecerse, y el ambiente de la ciudad termina por hacer que sus excitaciones se reflejen en los sentimientos de la muchacha, que termina por entregarse a su galán.

En todo caso, la doméstica ve a sus señoritas vestirse y desnudarse, gozar de la vida, llevar lujos y tener comodidades que a ella le están vedados, y un día, harta de trabajar muchas horas y sedienta de libertad, adquiere la convicción de que en sus órganos sexuales tiene un capital improductivo que puede procurarla la consecución de todas aquellas cosas que anhela. Piensa que está muy lejos de su familia, y no olvida que "la Fulana" también hizo lo mismo...

Verdaderamente, en virtud de estas razones, no puede decirse que el hambre y la miseria sean lo que induce a la sirvienta a dedicar a la prostitución, ya que, como decimos anteriormente, en casa de sus amos tiene mesa y cama para atender a las más importantes necesidades naturales; pero no podemos olvidar que el origen de su profesión de sirvienta hay que buscarlo en la pobreza de su familia, por un lado, y en las excitaciones de la vida de la ciudad, que no dejaron de atraerla a su seno, por otro. En estas condiciones, no cabe duda que la miseria y el afán del lujo fueron las causas principales de su inclinación.

R. de Ryckere, según cita Ellis, en su notable trabajo *La criada criminal*, da pruebas de sus profundos conocimientos sobre la psicología de la sirvienta. Según este autor, las criadas, por lo general, dan muestras de ser vanidosas, frívolas y dadas a la imitación; pero carecen de imaginación y no poseen un espíritu arreglado y previsor".

En resumen, por muchas vueltas que le demos al asunto, siempre nos encontraremos con que las causas son las mismas en todas partes. En España, el mayor contingente de prostitutas clandestinas se encuentra entre las muchachas del servicio doméstico. Un amigo me

ha referido que en una ocasión hizo insertar un anuncio, ofreciendo "modesta protección semanal a sirvienta joven". Durante cuatro días que el anuncio apareció en el periódico, recibió ciento catorce cartas. Esta cifra es verdaderamente aterradora, si tenemos en cuenta que no todas las criadas de Madrid han de leer el referido periódico y que una mayoría muy respetable es totalmente analfabeta.

Vienen después las modistas, mecanógrafas, empleadas de oficinas y almacenes y toda esa falange de "sermivírgenes" que pasea por las calles de las grandes ciudades desde el crepúsculo hasta la hora de la cena y frecuenta los "dancings" y cinemas. Estas son las víctimas de la seducción, del embarazo, de la estrecha moral de sus padres y del ejemplo de las demás mujeres: son víctimas, en una palabra, de la civilización moderna.

Estas empiezan por ser las queridas de un señor rico y las amantes de un muchacho joven, y terminan por dedicarse a la prostitución clandestina, hasta que caen en manos de la policía, fecha en que ya pasan a formar parte de las listas oficiales de la prostitución.

Las hay también que caen por vicio; pero, dicho sea en justicia, no dejan de ser las menos. El alcohol, desde luego, es una de las causas principales que excitan la sexualidad de la mujer, y en el principio de la vida de muchas prostitutas, este elemento desempeña un papel importante.

Es muy común la creencia sostenida por el vulgo de que sólo el deseo de los placeres sexuales es lo que motivó la caída de tantas desdichadas, y que, además, porsiguen esa existencia por la misma razón. Y esto, verdaderamente, es inexacto. Yo he tenido ocasión de comprobar que en una gran cantidad de mujeres el impulso sexual no existe o está muy atenuado, y algunas hasta se hallan en un estado de completa frigidez. Lombroso afirma que en la mayoría de las prostitutas prevalece la frialdad sexual. Un investigador inglés que había estudiado 16.000 casos de prostitución, declara que sólo conoció unos casos aislados en los que el deseo sexual ha sido motivo de que fuese elegida por preferencia la vida de prostitución. Otro doctor parisién afirma que son muy raras las mujeres que se entregan al libertinaje empujadas solamente por su ardor sexual.

El Dr. Commenge, que ha realizado muy detallados estudios acerca de las condiciones psíquicas de la prostituta parisiense, dice: "He hecho averiguaciones directas sobre este punto entre miles de mujeres, y sólo una proporción ínfima me confesaron que el deseo de satisfacer su deseo carnal habíalas impulsado a la vida de prostitución. Aun cuando es cierto que las prostitutas no siempre hablan con absoluta sinceridad sobre este punto, no tienen por qué dar una contestación

engañosa, toda vez que cuando tienen deseos y necesidades sexuales, lejos de ocultarlo, tienen a gala hacer alarde de ellos, para, en cierto modo, justificar el género de vida que han adoptado; es, pues, justo colegir que si sólo una minoría confiesa este motivo, para la mayoría no ha existido nunca."

No obstante, aun cuando el deseo exclusivamente sexual no sea la determinante que induzca a infinitas mujeres a dedicarse a la prostitución, no cabe duda que al poco tiempo de ejercer la profesión son muy pocas las que durante un tiempo más o menos largo dejan de entregarse por entero a sus amantes accidentales, a pocos atractivos que éstos tengan para ellas.

Para una prostituta, la indolencia tiene más atractivos que la sexualidad específica. Si consideramos, por otra parte, que la prostituta es mujer y que el hecho de dedicarse a ese género de vida no quiere decir que por ello haya de perder las características raciales del organismo psicofísico, veremos que a no ser que se trate de una hembra extremadamente sensual y viciosa, casi una enferma, necesita de tantos o más recursos de excitación que los que para el mismo fin requiera una mujer honesta. Ya sabemos que en la mujer resulta muy difícil aislar el sexo de la parte espiritúal e imaginativa, lo que para el hombre no tiene la menor importancia. Así pues, pasados los primeros tiempos de la profesión, un lapso que puede ser de días nada más, la mujer prostituta vuelve por los fueros naturales de su sexo, y aun en el caso de que sea una pasional, jamás encontrará en las relaciones efímeras y groseras de la prostitución el atractivo o la calma precisa para las necesidades psicofísicas de su condición femenina.

En Jerez de los Caballeros, ciudad de Extremadura, conocí a una mujer de veinticinco años, fuerte, sana y bastante bella, pero zafia y primitiva; casi salvaje. Me dijeron los que la conocían más íntimamente, que practicaba el acto sexual de una manera completamente mecánica, y hasta rechazaba toda clase de caricias, sin importarla que en virtud de su conducta tan poco profesional, la retribución de sus servicios fuera menor de lo que seguramente hubiera sido, caso de haberse mostrado más complaciente. Lo extraño del caso era que al principio de su "carrera" se entregaba sinceramente a cuantos hombres lo pagaban, hasta el extremo de que su salud llegó a resentirse un tanto.

Un tanto excitada mi curiosidad, conseguí hablar con la muchacha en ocasión de acudir a la consulta de un médico amigo mío, y cuando la preguntamos acerca de los motivos en que se fundaba para tener tan descontestos a sus amantes, manifestó que "sólo se

entregaría, como antes, a un hombre que no la desease sólo por su cuerpo—bellísimo por cierto—, porque ella, como las señoras, tenía derecho a inspirar otros sentimientos". No hay duda que, en lo que cabe, era una prostituta "honrada".

No cabe duda que las mujeres de esta condición tienen sus necesidades espirituales íntimamente ligadas a las sexuales, que no pueden ser fácilmente excitadas sin apelar primero a las otras; esto le ocurre también a la mujer que se entrega a un solo hombre, con la particularidad de que su excitación resulta bastante más fácil y requiere menos... inteligencia en la acción, que la que se necesita para mover los resortes sexuales de la que ya ha logrado una relativa insensibilidad después de haber conocido a fondo todas las leyes de su sexo.

Ahora bien, la prostituta que no tiene un "chulo", prefiere a un hombre entre todos sus clientes, al cual se entrega con sinceridad, con "honradez" verdadera, en cuyo caso no demuestra mayor capacidad sexual que una mujer decente de su edad y de su temperamento. El hombre que por primera vez tiene comercio carnal con una mujer pública, si no ha precedido a esto una labor de preparación espiritual, jamás podrá decir que aquella mujer se le ha entregado, como sostienen casi todos los individuos en los que una estúpida vanidad y una ignorancia ilimitada les impiden en absoluto conocer, aunque no sea más que superficialmente, las más elementales modalidades del sexo contrario. Si cada vez que una mujer de esta clase baja la bandera del taxímetro fuese a realizar el viaje que finge, la vida de una prostituta sería cortísima; en realidad, es más larga que la de las mujeres honestas, y aparte de las dolencias sexuales, parecen estar inmunizadas contra las demás enfermedades. A este propósito dice Weininger que "en fuerza de una causa ignorada, pero indudablemtne propia de su constitución, están especialmente inmunizadas contra infecciones a las cuales sucumben generalmente las mujeres honestas".

Claro es que cuando a la profesión se asocian tendencias viciosas o degenerativas, ya no es sólo un excesivo impulso sexual lo que anima a las prostitutas, sino que además recurren a la homosexualidad o a la masturbación, en cuyo caso no cabe duda que ha de repugnarles todo contacto con el hombre. Así pues, se hace preciso reconocer que muchas mujeres que permanecen indiferentes ante los hombres dan pruebas de la máxima actividad con sus compañeras, cometiendo en la mejor armonía toda clase de excesos sexuales.

La homosexualidad entre las prostitutas ha existido siempre, y son raras las que la desconocen, especialmente entre las que aún viven recluídas en los burdeles, en los que por necesidades del negocio es

frecuente que duerman por parejas. También entre las golfas de alto bordo ocurre lo mismo; pero muchas veces la prostituta es sólo una, y la otra, una mujer decente, o, mejor dicho, no profesional.

Ellis dice lo siguiente: "La homosexualidad, si bien menos común que la masturbación, se practica también con frecuencia entre las prostitutas: hasta puede decirse que se practica más entre las prostitutas que entre cualquier otra clase de mujeres. Lo produce el hastío que llegan a sentir en el coito normal, por virtud del comercio carnal que profesionalmente y de continuo sostienen con los hombres, y que es causa de que lleguen a tener relaciones homosexuales puras e ideales, en comparación con las otras."

Sin embargo, este punto concreto de apreciación no se basa en las confesiones de las mismas interesadas, y casi todo lo que se diga a este respecto puede no ser exacto muchas veces. Una inteligente mujer que llevaba ocho años dedicada a la prostitución, hacía tres que dormía todas las noches que se lo permitía su oficio con otra más joven que ella. Cualquier observador hubiera asegurado que tal intimidad daría lugar a determinados excesos eróticos, y, sin embargo, ambas aseguraban formalmente que sólo dos veces intentaron efectuar contactos homosexuales, pero cierta repugnnacia se lo impidió, conformándose sólo con besarse y acariciarse, en lo que, según ellas, "encontraban un placer más ideal que el que experimentaban en brazos de los hombres".

Cuando se trata de mujeres de alguna educación, la homosexualidad es más bien una suma de caracteres espirituales que crudamente sexuales, y puede afirmarse que sólo la practican "por curiosidad". No obstante, ciertos investigadores sostienen que las prostitutas constituyen una subvariedad de invertidas congénitas, aunque esto creo que sólo puede atribuirse a aquellas que mejor se adaptan al tipo antropológico de Lombroso; esto es, a las prostitutas de nacimiento.

Estas son también, aunque en escasa proporción, las que en virtud de todos los elementos degenerativos, tanto psíquicos como físicos, que forman su temperamento, se muestran viciosas, crueles, desafectivas e incluso criminales. Pero la gran mayoría escapa en absoluto a esta catalogación, y hasta puede asegurarse que muchas son buenas, finas, afectuosas, nobles y amantes de la verdad y sus sentimientos se manifiestan superiores a los de muchas mujeres honradas de su clase social. Despine, después de hablar de los vicios de las prostitutas, dice, acerca de sus virtudes, que son: su acendrado cariño maternal y filial, su caridad unas para otras, sus lealtad, negándose siempre a denunciar a una compañera; son también con frecuencia religiosas, a veces modestas y, por lo general, muy fieles. Callari, tra-

tadista italiano que se mostró siempre un poco reservado en la aceptación de las teorías lombrosianas, hablando de las prostitutas de Sicilia, dice "que la caridad que sienten unas por otras se neutraliza a veces merced a la tendencia profesional, que las hace sospechosas y celosas de las compañeras".

Yo he logrado reunir una porción de casos, recopilados tanto en las casas de prostitución como de los informes adquiridos directamente de estas mujeres y en las clínicas médicas y jefaturas de policía. De este aspecto trataremos en el volumen titulado *Un mes entre prostitutas*, donde exponemos los casos más curiosos de psicología práctica que pueden observarse en estos medios tan poco conocidos y tan mal juzgados.

CÓMO SE EJERCE LA PROSTITUCION EN EL MUNDO

En los grandes hoteles.—La prostituta del transatlántico.—En Madrid y en Barcelona.—En París. De los bulevares a las fortificaciones.—La organización del vicio.—Los centros de contratación.—En Berlín y Nueva York.—Los prostíbulos de Buenos Aires.—Precauciones inteligentes.—Los "pozos de los besos" en Marruecos.—Las prostitutas de Annam.—En Tonkín.—Los "barcos o cestas de flores" chinos.—El Japón.—Geishas y oiráns.—La belleza de la prostitución japonesa.—Su psicología.

Lo mismo que la música, la práctica de la prostitución tiene un carácter completamente universal: todo se reduce al grado de sensibilidad o de inteligencia del auditorio y a la belleza de la partitura, que en este caso está representada por la mujer. No obstante, según los países y los "instrumentos", así suelen ser también las sinfonías...

La alta prostitución se ejerce por igual en todas partes: lo mismo en los grandes hoteles parisinos que en los palaces de Tokío o de Nueva York. Por lo general, un *groom* o la señorita del teléfono suelen facilitar al cliente la visita de una joven complaciente que acude a la habitación con el simple deseo de tomar una taza de te o beberse una copa de champaña, si bien no tiene nada de particular que al cabo de un lapso de tiempo variable se llegue a mayores intimidades. Lo mismo que ocurre en los hoteles sucede en los trasatlánticos, con la diferencia de que en este aspecto ya resulta más agradable el preludio que lleva consigo casi todas las características del cortejo, si bien no existe la emoción que produce la espera de lo desconocido. La prostitución en los barcos no es nada democrática: queda reservada sólo para los pasajeros de primera clase, que son los únicos que pueden proporcionarse el lujo de pagar las elevadísimas tarifas que sostienen estas mujeres, no por su calidad, ya que suelen ser las peores en todos los aspectos, sino porque las compañías restringen bastante el número de "fardos de cargo" que pueden viajar en los

paquebotes, sin tener en cuenta hasta qué punto llegan los efectos excitadores que ejerce el mar sobre la sexualidad.

Estas mujeres viajan con billetes de precio reducido en casi todos los buques trasatlánticos de todas las nacionalidades; es un atractivo más que no puede olvidarse en virtud de la competencia. Otras, aprovechando la necesidad que tienen de trasladarse de un punto a otro, toman pasaje de tercera o de segunda, ya que siempre es fácil encontrar a un señor o a varios que se pongan de acuerdo para abonar la diferencia de precio de la primera clase. Por lo general, al final de la travesía han logrado reunir casi una fortuna y contagiar a casi todos sus amigos de unos días.

Descendiendo bastante de este nivel de los "palaces" terrestres y flotantes y situándonos en el terreno más corriente, ya se sabe cómo se ejerce la prostitución libre, pero relativameste controlada, en las grandes ciudades. En Madrid, todos los cafés de la calle de Alcalá, el trozo de la Gran Vía comprendido entre dicha calle y la de San Bernardo y muy especialmente la de Peligros—hasta el nombre parece un símbolo—, constituyen el centro de contratación del amor pasajero. A pesar de las órdenes policíacas, no puede decirse que las mujeres se sometan del todo al horario prescrito, ya que tan pronto como el sol declina, se levanta Eros sin alas para no descansar en la faena hasta bien entrada la madrugada.

En Barcelona las cosas se nos muestran con más descaro. Las ramblas empiezan a adornarse con las toaletas de las mujeres galantes a la hora del vermouth, si bien puede afirmarse que a media noche la actividad de Venus Pandemos pasa al 5.º distrito, al célebre Paralelo, donde el vicio adquiere proporcioses que asustan a los buenos madrileños. Como en todas las ciudades verdaderamente cosmopolitas y constantemente frecuentadas por gentes de todos los países y de todas las condiciones, Barcelona tiene en el 5.º distrito su máxima atracción placentera, desde la prostituta elegantísima a la más lombrosiana, pasando por el invertido, hasta llegar al ladrón de guante blanco y al ratero de las grasdes aglomeraciones, sin que olvidemos el tráfico de estupefacientes ni el gran mercado de la trata de blancas. No cabe duda que Madrid, con toda su fama, es la ciudad más honesta de España, la más infelizota que existe en el mundo.

Vengamos a París, donde me encuentro al escribir este volumen. De esta ciudad grandiosa, lo menos que puede decirse es que constituye un inmenso prostíbulo. Todo el centro, desde los grandes bulevares hasta la colina de Montmartre, a Montparnasse, a la Estrella..., todo el corazón de París y sus más importantes arterias, son

en la noche el campo cinegético de estas mujeres elegantes, bellas y sugestivas, que no tienen rival en el mundo entero. La tarifa empieza en los 25 francos y termina en los 25.000; la prostitución en París es bella, pero muy cara; resulta bastante más económico el amor sexual que puede obtenerse de una manera regular y agradable con las muchachas honestas.

Luego, llegando a las puertas de Maillot, Charenton, La Chapelle, etc., el "género" es bastante más inferior y más barato, y, seguramente, menos peligroso desde el punto de apreciación del higienista. Estas infelices están asediadas constantemente por la policía, no sabemos si porque sus ganancias no son tan cuantiosas como las de las otras, o porque exista un deseo encaminado a suprimir las expresiones poco estéticas de este comercio que en toda época influyó mucho en la grata y fascinadora atracción de París.

Ahora bien, no cabe duda que el vicio de esta ciudad se halla bien organizado, lo mismo por parte de las autoridades sanitarias que por la de las gubernativas y municipales. En cualquier librería pueden adquirirse por unos francos unas guías magníficas en las que se contienen las direcciones de los centros "conocidos", con indicación de las "especialidades" y hasta ilustradas con fotografías de un realismo sorprendente. La investigación policíaca, sanitaria y municipal, si bien sirven para casi garantizar la ausencia de peligros venéreos, también resulta un poco peligrosa para los clientes que no estando en buenas relaciones con la ley se aventuran a penetrar en los centros recomendados por estas guías nocturnas, porque los propietarios de los próstibulos son muy valiosos confidentes de esta magnífica policía francesa, que no por eso deja de tener esas debilidades que son comunes a todas las organiaciones similares del mundo entero...

Los "music-halls", las "boites de nuit" y otros establecimientos parecidos de Montmartre, que desde luego ya no es lo que era antes, puesto que la mayor parte de los bohemios han desaparecido huyendo de los cuartos de baño, son el centro de reunión de los parisinos retrógrados y de los provincianos de vanguardia. El mayor inconveniente de estas juergas está en que las alegres muchachas son fieles aliadas del dueño de la mansión, por lo que no titubean en pedir que se las invite a una botella de champagne de diez francos, bebida que adquiere una "plus valía" del 100 por 100 tan pronto como es descorchada ante una de las infinitas habituales del establecimiento. A continuación, está el hotel, también propiedad del dueño del "music-hall" o la "boite", donde por veinticinco francos se encuentra una habitación lujosa y confortable en la que es posible la intimidad por

horas. Aparte de todo esto, con otros cien francos que humildemente reclama la muchacha, está arreglado el asunto. Otro peligro consiste en la especial habilidad que las jóvenes de apariencia ingenua tiene para registrar las carteras de los clientes.

Verdaderamente, esta modalidad de la prostitución está en decadencia. La más agradable es la del bulevar o la rúa importante encendida siempre por las ascuas de la iluminación de los cafés. Estas muchachitas elegantes y limpias—es raro, además, encontrar una que no sea francamente bella—, después de haber tanteado al cliente, le conducen a cualquier hotel especial—en Paris son incontables—de una manera discreta y simpática. Las más zafias no se atreven a sentarse en las terrazas de los cafés, y por eso reducen su actividad a invitar a los transeúntes, casi en todos los idiomas, con la tradicional frase de "¿Quieres venir un ratito?..." Las otras de más "postín" no tutean a nadie hasta que no se ha llegado al momento más íntimo; saben de sobra que un exceso de confianza autoriza a los clientes para regatear el precio. Sostienen siempre una actitud digna y elegante, porque en esta conducta está la clave principal del éxito. A pesar de todo, jamás dejan de adoptar un aire de superioridad que no deja de entonar admirablemente con su prestancia de hijas de aristócratas venidos a menos o de militares muertos en la guerra, a los que evocan en un momento de sentimentalismo que coincide siempre con la sorpresa que muestra el amigo al conocer el precio de la tarifa de una hora o de una noche.

En Berlín son las cervecerías y algunas sociedades los centros del amor medido por el taxímetro. Sólo en algunas calles es donde se ofrecen las mujeres de vida fácil, pero las de ínfima categoría. Su campo de acción son los espectáculos, y, sobre todo, el burdel, donde se canta, se baila, se come, se bebe y se hace todo lo demás. Para entrar en estos sitios hace falta ser presentado, aunque muchas veces la presentación quede reducida a utilizar el pasaporte que se contiene en el prospecto que discretamente os han entregado en la calle a pocos metros del establecimiento. Una cosa parecida ocurre en Nueva York, en todas las calles inmediatas a los muelles, y, sobre todo, las comprendidas entre la 24.ª y la 37.ª avenidas, llenas de bares y establecimientos análogos, en los que ya se puede beber alcohol pagándolo a peso de oro. Las prostitutas elegantes pasean su lujo y su elegancia por la 5.ª avenida, o sea la célebre Broadway. Casi todas estas mujeres tienen un hotelito en las afueras, al que os conducen expertamente en su automóvil de dos plazas.

En Buenos Aires, en la capital exclusivamente, la prostituta es perseguida por la policía sin ninguna consideración. No pueden mar-

char solas por las calles, aunque están en libertad de hacer la "carrera" en los cafés, cabarets y establecimientos similares. La casa de prostitución es el "quilombo", en el que no hay más que una sola mujer, cuyo exterior se conoce por una luz verde de noche y una cortina del mismo color por el día.

Este sistema "unipersonal" encierra la máxima garantía de salubridad para el cliente, y lo mismo en conferencias que en órdenes de la policía sanitaria se ilustra al público acerca de las ventajas positivas de este método de la prostitución. Las mujeres que se ofrecen en estos sitios no puede decirse que cobren muy caros sus favores, siendo, en cambio, bellísimas y jóvenes. Ahora bien, no cabe mayor repugnancia en el comercio. Los clientes, a veces muy numerosos, reciben de la encargada una ficha con un número, teniendo que esperar todos reunidos en la misma pieza hasta que aparece la solitana del poliándrico serrallo, detrás del último cliente que termina de abotonarse el pantalón delante de los demás.

Los clientes que no se impresionan demasiado por los encantos de la prostituta, devuelven la ficha y toman las de Villadiego; los que no hacen esto, se resignan a esperar su turno. Por lo general, el acto no dura más de diez minutos, y eso que en tal lapso de tiempo tienen lugar ciertas operaciones higiénicas.

Estas mujeres, tan pronto como ven al amante ocasional, saben si está sano o no. No obstante, por magnífica que sea su apariencia, le introducen en una habitación que parece un laboratorio. En primer lugar, le lavan los órganos con agua hervida bien caliente, después con una solución de permanganato, y, por último, le embadurnan con una vaselina antiséptica preventiva, haciéndose ella otro tanto. Después del acto, rápido y casi automático, puesto que durante esas operaciones han procurado excitarle todo lo posible, se vuelve al lavado de permanganato y de agua hervida. Ya puede pasar otro.

Cuando a pesar de todas estas precauciones el cliente resulta infectado, está en la obligación de denunciar a la mujer a la policía sanitaria, y si se comprueba que en realidad estaba enferma, después de curada en los sifilicomios y hospitales de venéreo del Estado, es condenada a varios meses de prisión. Si reincide, la condena es más grave: va a dar con su sexo a los presidios de Usuhaia, ¡de donde no se vuelve jamás!...

No obstante todas estas dificultades y molestias que existen para acercarse a las mujeres de los quilombos, la clientela es muy numerosa, y casi toda ella está constituída por hombres casados y jóvenes temerosos de las graves consecuencias de una enfermedad venérea. Desde luego, según dicen las estadísticas, los casos de infec-

ción son rarísimos, ventaja indiscutible del sistema que no puede ofrecer los encantos de la libertad.

Claro es que la prostitución libre, controlada también por las autoridades, es abundantísima; pero, como es natural, la inspección no puede resultar nunca tan eficaz.

Fuera del casco de Buenos Aires, como, por ejemplo, en Avellaneda, Quilmes, Barracas, etc., la prostitución tiene ya otro aspecto en el burdel. Hay numerosas y bien instaladas casas, en cuyo funcionamiento no existe ninguno de los inconvenientes del quilombo ni su mayor ventaja tampoco. El cliente es recibido con toda amabilidad e invitado a pasar a un salón, en el que se toma el te y se hace música por las pensionistas de la casa, cuyos retratos pueden verse en magníficos álbums, así como sus características personales, nacionalidad, idiomas que hablan y hasta especialidades que practican.

Por lo común, suelen exhibirse en conjunto en un pequeño escenario con el pretexto de interpretar cualquier trozo de revista en boga. Después del espectáculo, que suele ser de muy corta duración, las muchachas se ponen en honesto contacto con la clientela, que por lo común ya conoce los precios y demás condiciones del establecimiento. Hay casas donde viven enclaustradas treinta y cuarenta bellísimas muchachas de todas las nacionalidades, que suelen ser otras tantas *minas*, como en este país se las llama, explotadas por los traficantes de blancas, según veremos en el volumen siguiente.

La clientela del establecimiento está formada por señores graves y respetables de gran influencia política y financiera, que a lo mejor son otras tantas ruedecillas del complicado mecanismo de la trata de mujeres.

En casi todas las grandes ciudades de Suramérica las cosas ocurren de una manera idéntica, y la provisión de mujeres se efectúa por el mismo procedimiento.

De América pasamos al Africa. En las ciudades más importantes del Marruecos francés, las prostitutas ocupan barrios enteros denominados "quartiers privés". El método seguido es el del lupanar clásico que no se diferencia en nada de los de las capitales de provincias españolas; el servicio de policía y de sanidad están mucho mejor organizados. Estos barrios tienen entre los indígenas un nombre prometedor y poético: el *bousbir*, que traducido al español quiere decir "pozo de los besos", entendiendo por tales a las relaciones más íntimas que pueden mantenerse entre un hombre y una mujer.

Los barrios reservados a la prostitución han existido siempre en Marruecos, si bien las autoridades europeas han procurado higienizarlos y hasta darles un carácter artístico, velando siempre por la

conservación de sus detalles típicos. Las casas están casi todas pintadas de rojo y azul; no cabe duda que estos barrios son más alegres y luminosos que los de las ciudades europeas. (Lámina VI.)

Las mujeres que incurren en delito de adulterio, si no son castigadas por el marido, no tardan en pasar a engrosar las filas de la prostitución. La que entra en estos barrios no puede salir de ellos, como no sea para ir al hospital si están enfermas o al cementerio si han muerto.

Hay muchísimas que a los doce años o antes se entregan al oficio, para lo que necesitan una autorización del bajá de la ciudad, el cual dispone que los médicos europeos la reconozcan. Generalmente, cuando determinan adoptar este género de vida, ya han ejercido la prostitución libre durante algún tiempo, resolviéndose a dar el paso "oficial" cuando se han persuadido de que no disponen de medios adecuados para curarse las enfermedades que adquirieron clandestinamente.

No obstante, una vez dentro del barrio casi puede decirse que las enfermedades de Venus hacen presa muy raramente en estas mujeres, y ello en virtud de la higiene que se ven obligadas a practicar, de lo que se cuidan muy bien los dueños de los establecimientos. Las autoridades francesas castigan con penas severísimas a los propietarios de mancebías y pupilas que se sustraen al cumplimiento de las prescripciones sanitarias. Estas muchachas, a pesar de su vida constantemente agitada, se conservan en perfecta salud durante toda su existencia placentera, y a veces contraen matrimonio o pasan a hacer vida marital con los soldados, a los que siguen incluso durante las operaciones de guerra, dando pruebas de una abnegación y unos sentimientos que no siempre se encuentran en las mujeres honestas.

Por lo general, todas son bellas y algunas bellísimas, verdaderas beldades que en cualquier gran ciudad civilizada se cotizarían como los valores más caros. No obstante, se las encuentra dispuestas a todo, menos a la práctica de la *fellatio*, o sea la succión del miembro viril, por unos francos solamente. Cualquier prostituta está siempre provista de preservativos que ofrece gratis a sus clientes, no por medida profiláctica o contraconceptiva, sino simplemente para no tener necesidad de lavarse los genitales y verse obligada, por lo tanto, a tocar el licor seminal, que es lo que produce su repugnancia. (Lámina VII.)

En estos barrios viven también numerosos muchachos que de paso que sirven de recaderos a las prostitutas, se prestan a las aficiones homosexuales de los frecuentadores del "quartier"; el noventa por

ciento de los marroquíes titubea bastante antes de decidirse por una mujer o por uno de estos invertidos.

En casi todo el Sur de Asia, especialmente en Annam, Tonkin y Establecimientos de Malaca, la prostitución primitiva no alcanzaba los caracteres que hoy se observan bajo las influencia de la civilización. Las muchachas que se dedican a este comercio empiezan la carrera antes de los doce años, ofreciéndose por unas monedas de cobre a los europeos. En Singapoore, por ejemplo, no tienen inconveniente en introducirse en las casas habitadas por hombres solos, prestándose a realizar los actos más repugnantes, y muchas veces con el mayor desinterés.

Heverz describe así algunas modalidades de la prostitución en Annam: "Entre las casas de placer asiáticas, encuéntrase, en primer término, el *bambú annamita;* ésta es la denominación que le han dado los soldados franceses. Allí nada de lujo: una choza de paja abierta a todos cuantos llegan, el cañizo de bambúes. una estera encima y algunos taburetes, mientras las lámparas de aceite de coco expanden por todas partes un olor fétido.

No solamente se encuentran aquí viejas prostitutas, sino que, muy al contrario, tópase a menudo con muchachas nubiles de dieciséis a diecisiete años, entregadas por sus dueñas o vendidas por sus padres. La edad media de las pupilas no excede casi nunca de los veinte años. Cuando comienza, la muchacha del bambú no sabe una palabra de francés ni conoce nada de los secretos de Venus. Pero pronto se forma; va chapurreando amabilidades y hace sus proposiciones en un caló ultraerótico, pues está en buena escuela. Sin embargo, no hace fortuna durante el tiempo que permanece en el establecimiento, puesto que es explotada sin compasión por el amo de la casa. Las tarifas del bambú son poco elevadas, variando de un franco hasta media piastra. Una piastra da derecho, comúnmente, a compartir el lecho de una bella durante toda una noche. Para acabar, respecto de la pupila del bambú annamita, diremos que, si es bonita e inteligente, una vez que ha aprendido a hacerse entender, adquirido algunos pequeños talentos de cierto género particular y ahorrado algunas piastras, abandona la casa. En el momento preciso se tropieza con un pretendiente que la instala en alguno de los pueblos de los alrededores de Saigón, convirtiéndose en su explotador. La pareja disimula su verdadero género de vida bajo la pariencia de un pequño comercio de frutas y artículos diversos. Por la mañana, la mujer annamita parte hacia el mercado de Saigón; pero en lugar de regresar temprano a su casa, vase a explotar al europeo a domicilio, a la hora de la siesta."
deros medios de vida.



PROSTITUTAS MARROQUÍES

Entre estas mujeres se encuentran a veces tipos de una belleza extraordinaria, que ofrecen sus favores por las cantidades más irrisorias. (Fotografía Flandrin, París.)

LAMINA VII



«GEISHA» JAPONESA

La prostitución en el Japón es una de las más bellas artes. Las «geishas» necesitan de una preparación especial que dura tres años, antes de poder dedicarse al oficio.

LAMINA VIII

Los informes que yo tengo de estas prostitutas no pueden ser más desfavorables. Puede decirse que son enemigas del agua, aunque no sea más que para lavarse las manos o el rostro; los genitales no se los lavan jamás. Huelga decir que el peligro de una infección venérea es inminente, sobre todo para el europeo. La proporción de sifilíticos y blenorrágicos en Annam, alcanza cifras aterradoras. No obstante, las autoridades sanitarias francesas y la policía han logrado reducir bastante estos riesgos, aunque desde luego no es de aconsejar el menor contacto con estas mujeres.

En el Tonkín las cosas suceden de una manera casi idéntica, aunque la mujer tonkinesa sea un poco más aficionada a la higiene que su hermana la annamita. Las casas de prostitución indígenas no son más que unos simples cobertizos de bambú, bajo los cuales tienen lugar todas las depravaciones imaginables en múltiples celdas que no son mayores de metro y medio de anchas por dos de longitud. Por lo general, detrás de la casa existe una especie de pila, en donde las prostitutas se lavan después de efectuado el trabajo. Este agua no suele renovarse más que cuando llueve o se ha secado.

Las prostitutas son de todas las edades: lo mismo hay jóvenes de trece años que repugnantes viejas de cuarenta, cuyo aspecto no es más agradable que el de una europea descuidada y sucia de setenta años. En la misma casa habitan los *boys*, muchachos dedicados a satisfacer el vicio homosexual, bastante extendido por la colonia, y especialmente entre los europeos. Los proveedores de estos repugnantes establecimientos suelen ser, en su mayor parte, soldados y marineros europeos que arriban a la ciudad cargados de una lujuria verdaderamente arrolladora. Las prostitutas europeas cobran muy caros sus favores, por lo que no queda otro remedio que utilizar los servicios de las indígenas, las cuales se someten absolutamente a todo por cantidades que rehusarían las viejas prostitutas madrileñas que ejercen su oficio en las tapias del Botánico.

En China, y especialmente en las ciudades de la costa, la prostitución femenina y masculina es algo de lo que ni el europeo más libertino puede formarse la menor idea. Por lo general, las casas no son más que barcos anclados en los ríos, en las márgenes de los cuales se levantan todas las ciudades costeras de China: reciben el poético nombre de "cestas de flores". Estas *flores* ocupan el salón central de la nave (1) mientras llegan los clientes, haciendo música

(1) En las afueras de Fu-Chow existe una casa de prostitución magníficamente instalada en un viejo vapor de cerca de mil toneladas que perteneció a Alemania y que fué adquirido por un industrial chino. El interior del navío ha sido decorado de tal forma, que parece un fantástico y lujoso palacio.

o acicalándose. La presencia del probable amante es acogida con absoluta indiferencia; este no tiene más que señalar a la mujer—o al muchacho—que le agrada, y seguidamente desaparecen tras la cortina que oculta un lecho muy reducido, en el que no falta la consabida pipa de opio.

La frialdad de la prostituta china en el acto sexual, es desconcertante. Se prestan de una manera pasiva a todo cuanto quiera ejecutarse con ella, siendo precisamente los europeos los clientes más aficionados a estas perversiones. En honor de estas mujeres es justo decir que son excesivamente refinadas en lo que atañe a la higiene de su cuerpo, y hasta son raras las enfermedades venéreas de carácter grave. Se bañan tres veces al día, y los genitales se los lavan antes y después de ejecutar el acto, siendo el último lavado hecho a base de cualquier desinfectante perfumado. A lo único que prestan verdadera atención es al peinado. Este constituye una verdadera obra de arquitectura capilar, estando hecho a base de cosméticos y aceites perfumados que le dan una fuerte consistencia. El cliente que quiere ver desnuda a una prostituta china tiene que desnudarla por sus propias manos: su pasividad llega a este extremo. No tolera el beso en los labios a la europea, porque lo considera como el acto más impúdico y repugnante. Un joven marino europeo que utilizó los servicios de una bella jovencita china, cuenta que después de besarla en la boca, la muchacha armó un escándalo enorme y terminó por vomitar. Cuando sus compañeras se enteraron de lo ocurrido, le despidieron con verdaderas muestras de repugnancia, rogándole que no volviera a poner los pies en aquella casa, "bastante más honesta de lo que él se había creído".

Aparte de los barcos, existen casas en tierra firme, más lujosas y mejor provistas. Constantemente se oye ejecutar música china, no viéndose jamás a los artistas, que permanecen ocultos tras de las cortinas de las cámaras, separados por unos centímetros de las parejas que se aman. Se considera como una grosería imperdonable el hecho de producir ruidos que puedan impedir la más leve nota de la canción que se prolonga inacabablemente, porque estiman los chinos que no hay nada mejor que la música melancólica para despertar los más fuertes pensamientos eróticos.

De China al Japón puede decirse que no hay más que un paso, y, sin embargo, ¡cuánta diferencia se observa entre los aspectos de la vida de uno y otro pueblo!...

En lo que a la prostitución se refiere, puede decirse que es, sencillamente, un verdadero arte inimitable, que acaso alcanzase la misma solemnidad y belleza que tuvo en los tiempos de la remota Grecia. Hasta hace muy poco tiempo, la situación de la prostituta en el Japón era verdaderamente magnífica; a muchas se les erigieron monumentos, y el nombre de las más célebres figura en los poemas y romances más leídos del Imperio. La mujer pública es tratada con la misma consideración que la dama más encopetada. Oficialmente forman parte de una institución del Estado, y en un ministerio existe un departamento dedicado exclusivamente a este aspecto de la vida japonesa.

La célebre *geisha* cantada por todos los poetas y que ha servido de motivo a muchos autores europeos para muy bellas producciones literarias, no es la prostituta, sino que ocupa el mismo lugar que entre nosotros las artistas de teatro o variedades. Esto no quiere decir que sean absolutamente honestas, aunque no hacen nada por ocultar sus aventuras. (Lámina VIII.)

En todas las grandes ciudades japonesas existen los barrios especiales denominados *yoshiwaras*, verdaderas ciudades de placer perfectamente organizadas, en las que de la manera más natural pasan las horas de esparcimiento las familias más honestas y respetables. Hasta hace muy pocos años las *oiráns*, esto es, las verdaderas prostitutas, se exhibían inmóviles en una especie de escaparates del establecimiento. Para un extranjero, la primera impresión que se recibía era la de un muestrario de grandes y bellísimas muñecas inmóviles ricamente ataviadas con las mejores sedas, alhajas y flores.

El acceso a la mansión del placer se consigue en estos tiempos siempre que se vaya acompañado de un amigo de la casa; verdaderamente, puede decirse que son amigos de la casa los innumerables cicerones políglotas que hay en los hoteles, y galantemente ofrecen sus servicios a la llegada de los grandes buques transatlánticos.

Una vez dentro del establecimiento, la cortesía más elemental obliga a invitar a las muchachas a cualquier frusleria, siempre muy económica, y a escuchar un poco de música. La prostituta japonesa ha sido educada para el amor y para el placer de una forma que jamás llegará a la comprensión de la más refinada hetaira europea. Quien hable de la francesa diciendo que es la mujer más apasionada y complaciente del mundo, es que no ha pasado ni veinticuatro horas en un *yoshiwara* japonés.

El forastero es acogido siempre con las más sinceras muestras de simpatía. Todas las muchachas rivalizan en serle agradables, esforzándose por satisfacer todos sus deseos. Cada una está especializada en cualquier aspecto artístico: una recita versos modernos; otra, narraciones históricas; otra, conoce las más chispeantes anécdotas de amor, o las más sentimentales; otra, sabe ejecutar cualquier

instrumento, o las danzas más originales antiguas y modernas... Y a todo esto, las muchachas se presentan bellas, limpias, elegantes, graciosas y perfumadas.

Al cabo de algún tiempo, cuando se advierte la inclinación del cliente, la elegida por éste le invita a visitar la salita íntima de la casa, en la que a modo de en un pequeño museo, existen las figuras y objetos más caprichosos. Seguidamente pasan a la habitación particular de la oirán, donde el futuro amante es obsequiado con pastelillos y otras confituras rarísimas, y, sobre todo, con unas tacitas de *saké*, licor que se bebe ligeramente templado hasta que empieza a obrar sus efectos naturales. En este momento la joven se desnuda completamente delante de su amigo, para vestirse después con un kimono de rica seda.

Ha llegado la hora crítica de las caricias, en lo que siempre es correcto dejar que ella tome la iniciativa, cosa que no tarda en suceder.

Una japonesa es capaz de rendir al hombre más vigoroso y de transformar por completo su concepto de la moral sexual. Conocen estas mujeres todos los recursos de excitación que la mente más volcánica pueda imaginar: en mi concepto, coincidiendo con el criterio de numerosos tratadistas, no existe en todo el mundo una mujer más refinada en los placeres del amor que la hetaira japonesa, cuando se halla en su ambiente. Sus conocimientos de la psicología sexual son verdaderamente extraordinarios; saben provocar todas las sensaciones voluptuosas preliminares con una pericia admirable, y siempre atienden al momento oportuno para interrumpir las caricias cuando pueden traducirse en un final prematuro.

Desde el punto de vista de la "lealtad" erótica, no podemos decir que se muestren muy nobles. Su capacidad no es mayor ni menor que la de cualquier mujer de otras latitudes, y cuando, a pesar de su gesto, no se encuentran en disposición de entregarse "normalmente", hacen lo posible por extenuar a sus amantes con caricias y toques sabiamente distribuídos. Por lo general, animan al amigo para que las acaricie y las devuelva todo cuanto ejecutan. En este punto, teniendo en cuenta que la excitabilidad de la mujer es menor a pesar de la amplia difusión de sus zonas erógenas, cosa que naturalmente no sucede en el hombre, puede decirse que permanecen completamente pasivas sin alterarse en realidad. No obstante, saben que estas comedias hábilmente realizadas producen en el temperamento del hombre los efectos más favorables, por lo que procuran prolongar la maniobra de forma que al ser la excitación máxima, la detumescencia se opere también de una forma enérgica y generalmente irreparable, como no sea después de transcurridas unas horas.

No retroceden ante ninguna proposición del hombre por extraordinaria y rara que sea; pero, como decimos anteriormente, hacen todo lo posible por cobrarse en la misma moneda. Para hacerse una idea de la habilidad de algunas prostitutas japonesas, basta decir que una célebre oirán de Yokohama conservó intacta su virginidad después de haber permanecido diecisiete meses procurando a los innumerables clientes que desfilaron por su cámara toda clase de placeres, menos los que pueden producirse mediante el contacto sexual normal. Un amigo la preguntó que de qué recursos se había valido para ello, contestando que, simplemente, valiéndose de procedimientos que dejaban incapacitados físicamente a sus amantes.

Esta conducta la observan como medida contraconceptiva, aunque aceptan todas las caricias, incluso el coito anal. Una japonesa embarazada no recurre jamás al aborto, tanto por temor a los castigos de la ley como por el convencimiento que tienen de que estos hechos son contrarios a la buena moral. No obstante, cuando al cabo de algunos años de profesión consiguen hacer economías, se casan fácilmente con cualquier amigo, convirtiéndose en la esposa más fiel y honesta y en la madre más amante.

Toda la educación que reciben las geishas, que por lo general es el primer paso dado en el camino de la prostitución, está a cargo de unas escuelas especiales que pueden compararse a las academias artísticas de los pueblos occidentales. Los estudios duran tres años, al cabo de cuyo tiempo son contratadas por las empresas de espectáculos teatrales. Antiguamente, la profesión de geisha o de oirán era tenida en tanta consideración como la de mecanógrafa o modista en nuestros medios; pero en los tiempos actuales las cosas han variado mucho, en virtud de las influencias de la moral europea.

Actualmente, las casas donde aún se practica la prostitución tradicional que se resisten a acatar a la moral de Occidente, son, como nuestros cafés, un centro de reunión para las familias honestas que se disputan la presencia de las geishas y oiráns, a las que sientan en sus mesas con tal de escuchar sus narraciones y versos impregnados de toda la poesía inextinguible del viejo país del Sol Naciente.

Esta decadencia de la prostitución tradicional no se advierte sólo en el Japón, sino que se observa en todos los países. Que existen y existirán prostitutas, es un hecho del que no cabe duda; pero esta prostitución adopta otras formas bien distintas y más a tono con la hipocresía de la civilización.

SU DECADENCIA Y LA VIDA MODERNA

La prostitución disminuye.—Razones en pro de esta afirmación.—Concepto moderno del honor.—Suicidas y prostitutas.—La guerra y la prostitución.—Supresión de las restricciones sexuales.—Las vírgenes de París.—Los clientes de las prostitutas callejeras.—El temor a la infección venérea.—Tendencias modernas.—La prostituta elegante y la mujer honesta.—Matrimonios de prostitutas.—Predominio de las necesidades espirituales.

La sexualidad organizada, esto es, sujeta a leyes artificiales, se viene abajo: lo mismo que sucede con el matrimonio, la forma más moral de las expresiones contemporáneas del sexo, ocurre con la más inmoral, o sea la prostitución.

Las evoluciones de la vida moderna van eliminando poco a poco y paso a paso los conceptos tradicionales que brotaban de las ideas religiosas, tan opuestas a la práctica de los hechos que tienen por base a la Naturaleza. Lo mismo que en el matrimonio hacen falta leyes que atiendan a sus productos, que son los hijos, así en la prostitución hacen falta medidas gubernativas y sanitarias capaces de restringir los aspectos inmorales del comercio sexual extramatrimonial, o sea, sus productos, que en este caso son las enfermedades venéreas.

Ya sabemos por qué se derrumba la institución conyugal y por qué razones ocurre otro tanto con la prostitución. Aparte de muy variadas consideraciones que pudieran hacerse, el hecho que más claramente define el progreso de estas tendencias de la nueva moral, está, casi esencialmente, en la mayor conciencia por parte de la mujer de su responsabilidad en todos los órdenes, producto lógico de sus conquistas crecientes en el campo económico.

Pudiera creerse que estas conquistas femeninas que estaban vedadas a nuestras abuelas hubieran de representar tanto como la base de una nueva moral afirmada en los principios propuestos por la tradición, ya que una de las causas de la prostitución se contienen en la escasez del factor económico; pero no es así. El hecho de que la mujer haya ganado puestos que hace sólo cincuenta años la parecían inaccesibles, no quiere decir que se hayan mejorado, sino todo

lo contrario, las condiciones de la vida. La antigua sumisión de la mujer al hombre, de la esposa al marido, no va siendo otra cosa que un recuerdo histórico en la evolución de retorno a unos principios más justos. Antiguamente, primitivamente mejor dicho, la práctica del matriarcado no llenaba por completo las necesidades sociales de la vida humana; pero es que tampoco la del patriarcado, esto es, el predominio absoluto del hombre, puede decirse que sea un compendio de estricta justicia humana.

Ciertamente, la represión de la vieja moral no dejaba de producir los mejores efectos en la institución familiar que marchaba de acuerdo con los principios impuestos por la influencia teológica. Pero en todo ese tiempo la mujer fué la víctima constante de esa moral ascética que seguía viendo en el sexo femenino, no la representación de Eva, sino la encarnación del demonio, de la serpiente que la obligó a pecar cuando en realidad no hizo otra cosa, si hemos de creer en el mito, que mostrarse más humana que el Supremo Hacedor de todo este tinglado que llamamos mundo.

La mujer, de pocos años a esta parte, se ha dado cuenta de que está construída del mismo barro que el hombre, y de que, no obstante su importantísimo papel biológico en el desarrollo de la raza, tiene más derechos que los que ha disfrutado y menos obligaciones que aquellas a las que por tantísimos siglos ha estado sometida.

El concepto verdaderamente artificial de la "deshonra", basado en el hecho de que una mujer perdiera o entregara su virginidad fuera del matrimonio, es de los más monstruosos que se han inventado en torno de la mujer. Que un hombre de cuarenta años permaneciera "honrado" después de violar a una joven de dieciséis, mientras que ésta era la deshonrada, es un hecho brutal que no conciben ni los pueblos salvajes más amantes de la virginidad, en los que se castiga al violador y se respeta a la violada.

Estas teorías, que no son más que la expresión de las leyes naturales, van ganando un terreno que se había perdido hace miles de años. Esto no quiere decir que la libertad sexual de nuestras jóvenes modernas equivalga a una revancha, a un gesto vindicativo o a un acto de cálculo, que sólo por ser así resultaría inmoral, perdiendo todas esas nobles características de la espontaneidad y del bien interpretado concepto de la libertad y de la responsabilidad que deben presidir todos los actos de la vida humana. Lo que evidencia de una manera clara y terminante es que todo cuanto se ha hecho y se ha dicho hasta ahora para reprimir la manifestación de la sexualidad no ha sido más que una tremenda inmoralidad contra la que se rebelan las personas sanas.

Si no hubieran pesado sobre la mujer tantas prohibiciones y tantos prejuicios, es fácil que las cárceles femeninas no albergasen hoy a muchas infelices y bien seguro que las hogueras de la Inquisición no habrían achicharrado a tantísimos cuerpos jóvenes y hermosos de mujeres que hubieran hecho felices a muchos padres y a muchos hijos. Los crímenes cometidos por los paladines de la moral son tan horrendos, que muchos sepulcros que hoy son venerados acabarán de ser convertidos en letrinas el día que la Humanidad toda se dé cuenta del daño que se la ha inferido en lo más sagrado de sus intereses.

Hemos dicho que la miseria es y ha sido siempre una causa de la prostitución; pero no cabe duda que el concepto restringido de la moral sexual y esa subordinación a que la autoridad artificial ha querido someter los instintos naturales, no deja de producir sus víctimas que vemos convertidas en amantes de los señores gordos y ricos y en carne de prostitución. No hace mucho tiempo los periódicos de Madrid dieron cuenta en la crónica de sucesos, como un hecho sin importancia, del suicidio de una joven que había puesto fin a su vida por disgustos familiares. Los disgustos no tenían más origen que la "deshonra"; el novio, a quien ella se entregó por amor, quiso reparar la falta con el marimonio, pero el calderoniano padre la insultó de tal forma, que la dignidad de la infeliz criatura no encontró más solución que dejarse caer entre las ruedas del Metropolitano.

No hubo más comentarios en la Prensa: uno de tantos suicidios que ocurren todos los días en las grandes aglomeraciones urbanas. Mas en este caso una justicia más humana hubiera investigado en las verdaderas raíces del hecho castigando al verdadero criminal, inductor del bárbaro sacrificio.

Claro es que estas resoluciones extremas fundadas solo en ese motivo van haciéndose cada día más raras. En todo caso, cuando una joven se encuentra en las mismas condiciones, opta por tomar el camino filosófico de la vida y no el trágico sendero de la muerte. No obstante, muchas veces hubiera sido preferible la determinación extrema, si hemos de conceder un punto de atención a las historias que refieren todas las prostitutas, que, en el fondo, no están exentas de cruda sinceridad.

Está claramente demostrado que las estadísticas de prostitución han aumentado siempre en aquellos centros donde las restricciones morales eran más severas y también cuando por cualquier causa se advertía una elevación del nivel económico de los pueblos. En el primer caso no cabe duda que la demanda de mujeres obedecía a

la imposibilidad de conseguirlas por los procedimientos normales, y en el segundo nos encontramos con que al no ser uniforme esa elevación de nivel económico, siempre habían de quedar por bajo elementos humildes que lograban la elevación económica a costa del descenso moral. Durante los tres últimos años de la gran guerra se notó en España un aumento bastante notable de las estadísticas de la prostitución; la facilidad con que se obtenían las ganancias más fabulosas, daba lugar a que los gananciosos, "nuevos ricos" que no pudieron conocer otros placeres que los más humildes y vulgares, demandasen ahora todos los refinamientos de que habían disfrutado los verdaderos "señores". Aun en el Norte de Francia, donde se acumularon millares y millares de soldados de todas las nacionalidades, se observó un fenómeno muy curioso: la cifra de prostitutas se multiplicó extraordinariamente en los últimos meses de la guerra, con la particularidad de que todas eran de la región y apenas si tenían necesidad de salir de casa para ejercer su oficio. Después, firmado el armisticio, cada una volvió a su hogar, y a la depresión económica sucedió casi la desaparición de las prostitutas.

No cabe duda, pues, que cuando unos logran repentinas riquezas otros no se resignan a seguir siendo pobres, sobre todo cuando los medios requeridos para ganar dinero no están catalogados en el índice de los Códigos legales, o sea la amenaza o la existencia de los castigos físicos.

Simultáneamente con la licencia sexual que provocó la guerra se operó también la transformación social de la mujer, que entonces se vió que era tan necesaria a los intereses de los Estados como los mismos hombres. Y aún más: el ejemplo de la gran catástrofe que causó diez millones de muertos, dejando sin padres a muchos hijos y sin hijos a muchas madres, acabó de convencer al sexo femenino de la gran crueldad que representaba pasar fatigas y calamidades para que los frutos de sus entrañas cayesen en los campos de batalla en la edad en que podían hacerles más soportable su vejez. En resumen, que durante los cuatro años de contienda la moral sexual tomó derroteros bien distintos de los que hasta entonces se habían seguido, y, sobre todo, que el derrumbamiento económico que afectó a todos imponía la máxima cordura en la producción de seres que vendrían a complicar más la vida de por sí difícil de las familias.

La juventud comprendió también que el sistema de unión sexual acreditado por la tradición, no respondía a las circunstancias económicas que ofrecían los nuevos tiempos: la vida estaba cara, la instalación de un hogar cuesta mucho dinero y la crianza de los

hijos también... ¿Qué hacer?... Y el caso es, que, a pesar de todas estas restricciones innegables, los instintos no pueden dominarse más que hasta un límite prudente, tanto más difícil de aceptar cuanto que las excitaciones de la vida moderna van en aumento y jamás en disminución. Así, pues, después de perder mucho tiempo en reflexiones y consideraciones morales y económicas, la primera pareja del nuevo mundo de la post-guerra, como modernos Adán y Eva, se comieron la manzana sin temor a la iracundia de los dioses incomprensivos.

Los países más rudamente azotados por la terrible lucha vieron que la estadística de los hombres en estado de engendrar nuevos hijos habían disminuído de una manera alarmante; donde faltaban dos millones de hombres, pongamos por ejemplo, faltarían al cabo de diez años nada más doce millones de ciudadanos, en el supuesto de que por término medio cada hombre no hubiera sido padre más que de cinco hijos. Luego no había más remedio que prescindir no un poco, sino en absoluto, de esa moral sexual restrictiva que se traduce en la escasez de la natalidad. Había que fomentar el amor por todos los medios, volviendo por los fueros sabios de la Naturaleza. Esto ocurrió en toda la Europa afectada más directamente por la guerra; pero el ejemplo no tardó en trascender a los pueblos neutrales, y aunque no haya dos parejas que se unan detrás de la iglesia para dar hijos a la patria, es el caso que de cuando en cuando el hijo surge de una manera inevitable, que es lo que se trataba de demostrar. Los amantes maldicen la hora en que cometieron aquella tontería, pero el Estado, siempre paternal, se frota las manos de satisfacción.

Ya hemos hablado del matrimonio de prueba y de las uniones libres más o menos regulares, lo que da lugar a que una gran proporción de hombres, a cuya demanda ha respondido siempre la prostitución, satisfagan sus necesidades sexuales completamente, lo mismo desde el punto de vista espiritual, que desde el fisiológico. En París, por ejemplo, puede casi asegurarse que la proporción de mujeres vírgenes a los diecisiete años es escasísima y es posible afirmar también que aún queda reducida esta cifra a la mínima expresión en el momento de contraer matrimonio. No obstante, los matrimonios siguen celebrándose, y de dos años a esta parte se nota un aumento en las estadísticas de natalidad que marcha en progresión ascendente. Claro es, que no puede asegurarse que todos los hijos sean legítimos, según las leyes francesas.

Pero esto no sucede sólo en París: todas las grandes ciudades ofrecen idénticas expresiones de libertad sexual. En cambio, el nú-

mero de prostitutas inscritas en los registros policíacos disminuye y las casas de prostitución tienden a desaparecer.

¿Qué quiere decir esto? No se necesita de la sagacidad de un lince para encontrar la causa, si tenemos en cuenta la veracidad indiscutible de las razones apuntadas.

No hay que olvidar que los hombres jóvenes solteros no podían satisfacer sus necesidades con otras mujeres que no fueran las prostitutas, antes de iniciarse este agudo movimiento sexual-revolucionario. Durante seis noches seguidas he disfrutado de la amable compañía de un joven e inteligente policía francés afecto al servicio de prostitución, del cual he obtenido informes interesantísimos. Que la prostitución de París ha quedado reducida, en su mayor parte, a la demanda de los hombres maduros, es un hecho que he podido comprobar por mis propios ojos. Las galantes trotacalles de los bulevares, de las avenidas, de los sitios más frecuentados de esta gran ciudad, no detienen jamás a ningún muchacho joven, sino que reducen su actividad a los hombres que ya han pasado de la cuarentena. Solamente he podido ver a un joven de unos veintisiete años hablando con una prostituta. Hice ver este raro detalle a mi amable acompañante, el cual, para demostrarme que no podía considerarse como una excepción, me rogó que me fijara bien en él. Esto me fué fácil, puesto que permaneció parado con la muchacha más de diez minutos ante la terraza de un café de Montparnasse. Luego, en la Prefectura de Policía, me mostró un retrato del individuo en cuestión:

—¿Le reconoce usted?

En efecto; es el mismo.

—Pues no es más que el *souteneur;* el chulo, como dicen ustedes en España.

No cabe duda que hay menos prostitutas profesionales que en los tiempos de la anteguerra, aunque es cierto también que las que quedan viven bastante mejor que entonces y hasta tienen menos trabajo. El hombre casado que no puede soportar el lujo de una querida, animal que en París es tan costoso como un caballo de carreras o un coche de marca, tiene que resignarse a la amistad con la bulevardera que le reserva unas horas todas las semanas, mediante la suma de cien francos, cifra insignificante en este pueblo en el que no pueden vivir regularmente más españoles que los millonarios.

Una gran parte de la prostitución callejera—y especialmente la "cafetera"—atiende a las necesidades de los provincianos y estudiantes que se aventuran a andar los primeros pasos por París. Esta población flotante se deja cazar en los grandes bulevares o en

los cabarets de Montmartre, si bien prefieren hacerse acompañar por un guía especializado a las casas contenidas en las guías nocturnas.

A la vez que el descenso de la prostitución, se observa una notable baja en las estadísticas de las clínicas de venéreo y sífilis, lo que evidencia de una manera indiscutible que el peor mal está en la transmisión de esas enfermedades. Esto no quiere decir que la sífilis, la blenorragia y demás consecuencias no existan más que en la prostitución, lo que sería injusto; pero tampoco cabe duda que en la práctica de la sexualidad condenada por los moralistas, las infecciones están más localizadas y jamás pueden transmitirse en las alarmantes proporciones que el hecho adquiere cuando una mujer cohabita con muchos hombres.

El sistema perfectamente inútil del reconocimiento médico de las prostitutas, que se lleva a cabo en las peores condiciones, no representa la menor garantía para la seguridad del ciudadano y de la misma prostituta. Por otra parte, las medidas de reglamentación se aplican sólo a las mujeres, inmoralidad evidente e injusticia insuperable, porque no es posible afirmar que las dolencias sean producidas espontáneamente, sino que las mujeres son contagiadas también por los hombres. Una prueba la tenemos en el hecho de que mientras son muy pocas las mujeres dedicadas a la prostitución que no practican siquiera las más elementales reglas higiénicas, son muchísimos los hombres que huyen del agua como los gatos. Claro es que suponiendo que un hombre y una prostituta estén inficcionados, siempre producirá más víctimas ésta que aquél; pero si el hombre contagia a una mujer sana, indudablemente la habrá puesto en condiciones de contagiar a un número excesivo de individuos. Es un círculo vicioso, cuyo centro, sin duda alguna, lo constituye más el hombre que la mujer, porque la ausencia de responsabilidad en él le permite dar de lado a muchas consideraciones que ella ha de tener en cuenta, no sólo por la incapacidad que para ejercer su profesión la produciría el mal durante un plazo más o menos largo de tiempo, sino porque sabe que la dolencia dejaría abierta la puerta a otras infecciones.

En resumen, que, por parte del hombre, no cabe duda que el desarrollo de las enfermedades venéreas con sus a veces funestas consecuencias, ha contribuído en gran medida a alejarse de la prostituta todo lo posible, aunque ello no quiere decir que en virtud de tales amenazas a su salud opte por la abstinencia absoluta.

En la nueva generación no es difícil encontrarse con una gran cantidad de jóvenes que jamás han "conocido" a una prostituta

en el sentido bíblico. Han oído hablar mucho de las enfermedades venéreas, y sólo su evocación les produce algo así como un terror supersticioso. De aquí su afición a los placeres solitarios o a los del flirt preferentemente, desde donde se pasa a las prácticas perfectamente normales.

No puede olvidarse tampoco el factor económico. Acercarse hoy a una prostituta "cuesta más dinero" que hace algunos años, y esto en virtud de la simple ley de la oferta y la demanda. Un autor hace el resumen de las tendencias actuales de la prostitución diciendo: "Por una parte, nos inclinamos a elevar a la prostitución, merced a la mayor humanidad y refinamiento que la civilización impone, caracteres ambos que inevitablemente han de señalar cada vez con más dureza a las mujeres que se hacen prostitutas y a los hombres que las buscan; y, por otra parte, tal vez por esa misma fuerza dinámica exista una tendencia hacia la paulatina eliminación de la prostitución por medio de la competencia que a ésta oponen nuevos y más puros sistemas de relaciones sexuales libres de toda consideración pecuniaria. Este refinamiento y este sentimiento humanitario y esta competencia de otras formas de amor sexual, forman, en verdad, parte esencialísima del progreso, y se impondrán a medida que la civilización se vaya haciendo más intensa, más sana y más sincera, y todo este cambio y transformación moral tiene, por fuerza, que ir acompañado de una perfecta comprensión de los hechos de la vida y un reconocimiento general de la superioridad de estos mismos hechos sobre las formas vanas en que se hallan envueltos. Todas las transiciones de las formas sociales, desde las más bajas a las más altas, desde la barbarie a la civilización, van acompañadas—siempre que sean transiciones vitales—de una investigación penosa hacia la verdad, y, en este caso, la verdad enseña que sólo en las relaciones naturales se encuentran la cordura y la santidad, pues como dijo Nietzsche, el "retorno" a la Naturaleza debiera más bien llamarse el "ascenso". Sólo así conseguiremos eliminar en absoluto de nuestros corazones esa tradición equivocada que tan fuertemente a él se adhiere, y según la cual, hay deshonor e impureza en los actos de amor que se realizan en condiciones razonables, y no bajo los que son meramente convencionales. Pues es inútil purificar nuestras leyes y reglas de vida sin antes purificar nuestros corazones."

En efecto, a partir de la época en que la prostitución tenía un carácter pintoresco, fué convirtiéndose en una plaga en lugar de asumir los caracteres respetables de una necesidad. Por otra parte, la civilización ha colocado a la prostituta casi al mismo nivel en que

siempre estuvo situada la mujer honesta, al menos en los aspectos sociales de la vida. No cabe duda que la eliminación se hace por sí sola, sin que pueda decirse que hayan intervenido otros factores, ya que las persecución de la moral y de su legítimo representante la Policía, apenas si va más allá de enfocarse hacia las mujeres menos agraciadas por la educación y la influencia, las que en realidad constituyen, hasta cierto punto, una rémora para el más perfecto desenvolvimiento de la moderna civilización y de la nueva moral promovida por aquélla.

Además, otra prueba de que la diferencia existente entre la prostituta de alto bordo y la mujer honesta va siendo insignificante se contiene en el hecho de que muchas de aquéllas terminan sus aventuras contrayendo matrimonio con hombres respetables después de un período de ensayo más o menos largo. Estos matrimonios no resultan peores que los que se efectúan con todos los pronunciamientos más favorables de la moral, y hasta pudiéramos asegurar que la mayor parte subsisten equilibrados y felices, a pesar del desprecio de que se ven rodeados por las apreciaciones de la vieja concepción de los hipócritas.

Observando toda la historia de la prostitución, vemos que en los tiempos en que tenía un carácter religioso no deshonraba a las mujeres de las más elevadas clases sociales que acudían a los templos de Mylitta. Entonces no cabe duda que era una necesidad la existencia de estas mujeres encargadas de una función pública respetable. Después, cuando empezaron a extenderse otras ideas basadas en principios diametralmente opuestos y se intentó reprimir la sexualidad por todos los medios imaginables, la prostitución alcanzó proporciones de verdadera inmoralidad, y la prostituta fué perseguida con toda la saña que era capaz de desplegar la moral de la época. Posteriormente surgieron diversos acontecimientos que imprimieron sus huellas profundas sobre la sociedad, reflejándose, a la vez, sobre las costumbres sexuales, como la contienda universal de 1914-18, que no hizo más que provocar la explosión de todas las energías acumuladas durante siglos y siglos.

A la hora presente nos encontramos con que el proceso de involución se ha operado en un espacio de tiempo verdaderamente irrisorio si lo comparamos con la enorme cantidad de siglos que fueron precisos para determinar el antiguo estado de cosas: o sea, que la construcción fué lenta y la destrucción no ha podido verificarse de una manera más completa y rápida. Hoy la prostituta tiende a convertirse en hetaira, según la acepción griega: hace lo posible por refinarse, porque ese refinamiento es imprescindible para su des-

arrollo y progreso, en tanto que no quiera cambiar de profesión. En las calles, en los paseos, en las playas y en los salones, "alterna" con las mujeres decentes, y éstas copian de ella los vestidos, los sombreros, los ademanes y... la moral. Es un intercambio de conocimientos y de aptitudes necesario a la civilización.

Las otras, las de la calle y las del burdel, quedan para los hombres que no pueden desoir las apelaciones de su natural instinto polígamo; en estos casos cumplen también una función importante. Por otra parte, aún queda una legión inmensa de jóvenes y hombres maduros que no pudiendo conseguir una amante desinteresada, se ven precisados a acudir a tan extremado recurso, sin olvidar tampoco que no todos los individuos tienen el mismo grado de educación y de cultura.

Ahora bien, a medida que la cultura se extiende y progresan las nuevas normas educadoras se va acentuando ese sentimiento de la responsabilidad de los individuos y aparecen más claras las necesidades espirituales en virtud de que la verdad se ofrece menos velada por los convencionalismos que en las épocas pasadas. El progreso colectivo de la educación y hasta el equilibrio de las inteligencias hacen muy difícil la subordinación de los hechos naturales a las conveniencias artificiales; esto es, que la mentira y el engaño no encuentran ahora, como antes, un campo favorable para su prosperidad. Por eso dice Nietzsche que no es un retorno a la Naturaleza, sino un ascenso, el ejemplo que nos ofrece la civilización moderna.

Para terminar el capítulo: la necesidad sexual del hombre, que fué el original motivo creador de la prostitución, rechaza ahora a la prostituta, que no puede ofrecerle otra cosa que su cuerpo desnudo, mientras que espiritualmente sólo le muestra la mentira, la ficción, el interés y todo lo peor. El hombre moderno se da cuenta perfecta de que todos los elementos intelectuales y morales que representan la atracción del amor sexual perfecto, faltan por completo en la prostitución. En el instante en que el factor monetario sirve para disfrutar de esas caricias y placeres, huelga decir que la espontaneidad no existe y que no hay posibilidad tampoco de esperar el desarrollo de ninguna cualidad afectuosa. Esto sólo lo saben los hombres educados y cultos. Por tal razón, no cabe duda que la elevación del nivel intelectual de la Humanidad será el ambiente menos propicio para que puedan desarrollarse las insinceridades todas de la vida contemporánea.

LA LUCHA CONTRA LA PROSTITUCION

La actitud de los luchadores antiguos.—Razones modernas de la lucha.—La inferioridad económica de la mujer.—El aumento de salarios no resuelve el problema.—La persecución de las prostitutas.—Los esfuerzos de San Luis.—Los de la reina María Teresa.—En una ciudad española.—Consecuencias de estos hechos.—Fracaso de la reglamentación.—El sistema de reconocimiento médico.—El abolicionismo. — Ventajas observadas.—Imposibilidad de implantarlo en España.

ANTIGUAMENTE el ideal ascético llegaba hasta tal extremo que la sexualidad se combatía más por el ideal, esto es, por sistema, que obedeciendo a sentimientos más lógicos y humanos. Cuando empezó a lucharse contra la prostitución prevaleció el mismo principio: no se veían más pecados que los de la fornicación, desatendiéndose en absoluto a los aspectos más importantes, como eran los de la propagación de las enfermedades venéreas y el relajamiento de la moralidad. El caso era negar toda clase de placeres, con tal de que el sufrimiento y el dolor sirviese de camino para llegar al cielo.

Modernamente las cosas no ocurren de igual manera; el punto fundamental de ataque de las instituciones que luchan contra la prostitución es el blanco de los progresos científicos. Se reconoce que el ascetismo es un crimen y la abstinencia una insensatez antibiológica, pero no se olvida tampoco que los intereses de la Humanidad requieren la destrucción de aquellos factores que contribuyen a la persistencia de los caracteres degenerativos de la raza.

Esto es: que el enemigo a combatir es el mismo, pero la lucha se basa en un concepto perfectamente racional y humano libre en absoluto de toda idea extraña al enunciado legítimo del problema. No se combate a la prostitución por el hecho de que este género de comercio procure placeres sexuales, sino que, fundamentalmente, se tiende a suprimirla, tanto por los peligros que tiene para la higiene social como por la degradación que representa para la mujer.

Antes era la religión la que la combatía, como decimos, en nombre de sus ideales *particulares;* hoy se han aliado la Medicina, las

ciencias sociales, la Pedagogía, el Derecho y la Etica, esto es, la civilización. Lo mismo que fracasó la religión, fracasarían la Medicina y la Higiene, si quisieran entablar la lucha aisladamente. No es sólo con medidas higiénicas con lo que se logrará extirpar el mal venéreo, sino que será la educación de los ciudadanos y la cultura en general el arma más formidable que puede esgrimirse contra la causa de tan temibles consecuencias.

Ya hemos visto que los factores que intervienen en la existencia y desarrollo de la prostitución son muy variados; prescindiendo de las teorías de Lombroso, casi fracasadas, no cabe duda que muchas razones antropológicas, económicas, sociales y psicológicas, empujan a la mujer hacia esos abismos que acabamos de examinar.

Teniendo en cuenta la complejidad de esas determinantes, resultaría muy difícil suprimir en absoluto las raíces de los hechos. Mientras haya mujeres necesitadas y hombres que las ofrezcan dinero a cambio de sus favores sexuales, existirá la prostitución. Este simple razonamiento sería más que suficiente para autorizar el máximo pesimismo en la solución del problema, por lo que no queda otro remedio, situándonos en el terreno más razonable, que pensar en la reducción del número de prostitutas, y, por tanto, en la disminución de las posibilidades del desarrollo de las enfermedades venéreas.

Se ha dicho, y con razón, que la prostitución es principalmente una "cuestión de los hombres"; lógicamente hay que pensar que el día que los hombres acaben de solicitar a las mujeres en este terreno, la prostitución habrá desaparecido por completo, que es lo que realmente está sucediendo, como se evidencia en la cada vez mayor escasez de burdeles y establecimientos parecidos. ¿Pero es posible esperar que el hombre, el sexo masculino por sí solo, prescinda de los placeres que pueden proporcionarle su dinero o su simple impulso de variación? Tal vez se llegara a este ideal el día en que la poligamia fuese un hecho; pero tampoco podemos confiar demasiado en esta solución, ya que para ser polígamo es necesario antes ser rico, o llegar a un extremo de libertinaje que traería como consecuencia la destrucción de la familia y de la sociedad.

Verdaderamente la solución más racional consiste en la influencia de la educación desde los primeros días de la infancia, poniendo al individuo en condiciones tales, que su voluntad fuera suficiente para contener absolutamente todas las energías de sus instintos. Pero esto no es más que un sueño, una quimera que sólo cabe en la imaginación de las personas ignorantes y desconocedoras del sinfín de

circunstancias que concurren en este aspecto del sexo que jamás se avino por completo a los mandatos de las leyes artificiales.

Muchos escritores han sostenido que siendo la prostitución un resultado de la condición económica inferior en que la mujer se encuentra con relación al hombre, el problema pudiera solucionarse aumentando el salario a las mujeres que trabajan y dando ocupación a las que están desocupadas. La idea, como se ve, no puede ser más bella ni más... impracticable. No puede olvidarse que la diferencia existente en este aspecto entre la mujer y el hombre depende de factores innumerables, y que la lucha contra la prostitución por tan original procedimiento, no haría otro beneficio que rescatar a muchas prostitutas, cuyos puestos pasarían a ser ocupados por otras mujeres que hubieran seguido siendo honestas. Por otra parte, resulta bastante incierta la teoría de la doctrina socialista de la abolición de la prostitución mediante el aumento de los salarios. En efecto, antes que pedir aumento de salarios se necesita que el asalariado sea idóneo. Las que llegan a alcanzar este nivel y tienen como base una educación de humildad y de respeto es fácil que se conformen a continuar en el obrador o en la fábrica siete u ocho horas diarias trabajando honradamente; pero muchísimas mujeres que no tienen ni educación, ni cultura ni idoneidad perfecta en su oficio, no cabe duda que están en las peores condiciones para mostrarse virtuosas; tan pronto como un hombre la asedie, con intenciones que seguramente ella estará lejos de imaginar, habrá dado el primer paso en el camino de la prostitución, tanto más firme cuanto más severa sea la moral de su familia.

Pero hay más aún: "No solo hay que reconocer que—dice un autor—, aun subiendo los salarios y sueldos que ahora recibe la mujer en las industrias ordinarias, éstos no llegarían jamás a competir ventajosamente con las ganancias que mujeres de regular atractivo pueden percibir practicando la prostitución, sino que tenemos además que tener en cuenta que esa mejora de la situación general —única causa que podría atribuirse para que la subida de los sueldos resultara sana y normal—implicaría la subida del precio de la prostitución y aumentaría el número de prostitutas."

Así, pues, hay que descartar este procedimiento contraproducente, o, a lo sumo, completamente ineficaz. Veamos otro: la persecución de las prostitutas, método que estuvo muy en boga en los tiempos del predominio del ideal ascético, o, por mejor decir, en todas las épocas en que la libertad individual no era más que un mito.

En Francia, bajo el reinado de Carlomagno, en el siglo IX, se

publicó un edicto "castigando con las penas más severas a las prostitutas. Podían ser detenidas—dice un cronista—en cualquier momento, condenándoselas a recorrer el campo desnudas de medio cuerpo y con un cartel acusador sobre la espalda. Pero estos castigos no hicieron más que aumentar el disimulo de las cortesanas, que en adelante se ocultaban en unas casas miserables que rodeaban algunos pozos, lo que hizo dar a aquellos lugares el nombre de "pozos del amor".

Posteriormente, en el año 1254, Luis IX desterró para siempre a las mujeres de vida alegre, las cuales, no pudiendo vivir ni en las ciudades ni en los pueblos, se establecieron en las casas de campo, y en mayor número que antes de la expulsión. Hubo que dejarlas por imposibles. No obstante, en el año de 1269, creció de tal forma el número de mujeres dedicadas a esta vida, que el santo rey, de paso que preparaba las maletas para marchar a las Cruzadas, ordenó que fueran destruídas todas las casas de prostitución, como así se hizo. Pero tampoco consiguió nada; estas mujeres, como la mala hierba, se reproducían por todas partes, y en virtud de que no podían encontrar otro género de vida que las produjese iguales ganancias, se mezclaron con las personas decentes como sirvientas, convirtiéndose en las amantes de sus amos. Un escritor dice que se dió el caso de no poder el santo rey exterminar la prostitución del campamento de sus tropas en Oriente, y florecía y se desarrollaba en las mismas puertas de su tienda de campaña, esto es, ante sus mismas barbas.

En el año 1560, Carlos IX dispuso la clausura de todas las casas de prostitución que había en Francia; pero las mujeres, lejos de intimidarse, hacían como que vivían honestamente, aunque en realidad practicaban el oficio en las afueras de las ciudades, en las tabernas y donde podían. Durante el reinado de Enrique III, hombre que no lo parecía, ya que se las arreglaba sin necesidad de mujer alguna, se las volvió a autorizar para ocupar casas especiales. Como un sarcasmo, vemos que precisamente en Francia, donde tanto se ha luchado en todos los tiempos, es donde mayores progresos ha alcanzado la prostitución, y de donde no desaparecerá, seguramente, por los siglos de los siglos.

El último esfuerzo, verdaderamente enérgico, que se ha hecho para desarraigar la prostitución de Europa, fué el que hizo María Teresa en Viena, a mediados del siglo XVIII. Aun cuando sus gestiones son de fecha reciente, tanto el concepto como los métodos que para ello se emplearon fueron de un carácter puramente medioeval. Su objeto fué no sólo suprimir la prostitución, sino impedir

toda fornicación, y para lograr este fin, se pusieron en práctica todo género de castigos, multas, encarcelamientos, tormentos y latigazos. Las supuestas causas de fornicación fueron tratadas con gran severidad y dureza; se prohibieron los trajes cortos, se inspeccionaban los cafés y billares, no se permitían camareras en sitios públicos, y si por casualidad eran descubiertas algunas desempeñando este oficio, la policía tenía orden de detenerlas en el acto. La comisión de la castidad, bajo cuya dirección se llevaban rigurosamente a cabo estas medidas, fué, al parecer, establecida en 1751, y luego abolida por el emperador José II en los primeros años de su reinado. Según opinión general, esta severa legislación fué completamente ineficaz, y lejos de coseguir el objeto que se había propuesto, fué causa de males mucho más graves que aquellos que se trataba de evitar y curar. De todos modos, es muy cierto que durante mucho tiempo ha prevalecido en Viena la ilegitimidad como en ninguna otra capital de Europa." (Ellis.)

De Viena puede decirse lo mismo que de París: que la prostitución, en todos sus aspectos, ha alcanzado, a pesar de todos esos esfuerzos realizados para suprimirla, los caracteres más amplios y las expresiones más peligrosas.

Todas las tentativas realizadas en este sentido en los diversos países que quisieron seguir el ejemplo de Francia, han fracasado estruendosamente. Las ligas e instituciones creadas por las damas, menos honestas que menopáusicas, de la cristiandad, no han conseguido otros resultados mejores que complicar más las cosas. En una católica ciudad española donde existe una academia militar, estas damas medioevales consiguieron que la señora del gobernador civil influyese cerca de su marido para que clausurase todas las casas de lenocinio que existían en la población. En la época a que hago referencia se podían hacer estas y todas las atrocidades imaginables.

En efecto, las prostitutas desaparecieron, y la ciudad recobró la honesta calma que debió disfrutar en los tiempos medioevales, a excepción de los centros policíacos y judiciales, que en menos de año y medio que duró la prohibición registraron once violaciones, siete abortos y trece infanticidios, cifras que nó se habían conocido jamás en tan corto espacio de tiempo. Un oficial del ejército, que entonces estudiaba en la ciudad de referencia, me asegura que en aquella época aumentó mucho la servidumbre femenina en los hoteles y pensiones, y esto sin causa "justificada", ya que el número de huéspedes y viajeros no pasaba de la cifra normal.

Suprimida la prostitución reglamentada, no cabe duda que aparece la clandestina, infinitamente más peligrosa. Pero es que tam-

poco puede confiarse en los reglamentos como solución adecuada del problema, por los innumerables riesgos que, a pesar de todo, se derivan de una reglamentación inhumana y deficiente.

Este es otro de los sistemas puestos en práctica con el fin de reducir la cifra de prostitutas y el enorme contingente de enfermedades venéreas que de ese número se derivan. Pero, dicho sea en justicia, tampoco se ha conseguido nada realmente positivo, y si sólo redactar algunas estadísticas en las que no hay más que embustes y errores, aparte de la injusticia que representa el hecho, desde luego inevitable, de la existencia de la prostitución clandestina.

La prostitución no puede ser estimada como un delito, ni puede prohibirse siquiera; el sistema de reglamentación ha sido un fracaso en toda regla, ya que no es posible ejercer un control sanitario verdaderamente eficaz y que realmente inspire una justa confianza en los hombres que hayan de utilizar este procedimiento para la evacuación de sus necesidades sexuales. El reconocimiento de las prostitutas se efectúa hoy en unas condiciones que avergüenzan a los mismos médicos encargados de este servicio. Por lo general, cuando se hace "a domicilio", lo que sólo ocurre en los prostíbulos, las mujeres se tienden sobre una mesa, y de esta forma se les introduce el espéculo, con el objeto de "ver" si están sanas.

Lo rudimentario del procedimiento salta a la vista del más ignorante, si tenemos en cuenta cuáles son las manifestaciones de las enfermedades venéreas y los trabajos delicados que requiere una investigación clínica medianamente seria. Saliendo del prostíbulo, entramos en la clínica donde cada ocho días han de presentarse las mujeres a ser reconocidas. Este reconocimiento se lleva a cabo con mayor comodidad para el médico, pero sin ninguna garantía formal para la prostituta y sus clientes.

La única ventaja que ofrece el sistema es que cuando los síntomas de la dolencia son perfectamente visibles, la prostituta es retirada de la circulación y enviada al hospital. Pero suponiendo que haya sido inficcionada muchos días antes de descubrirse la enfermedad y admitiendo, normalmente, que los síntomas se adviertan en el primer instante de manifestarse, no cabe duda que en esos diez o quince días ha contagiado a cuantos hombres se hayan puesto a su alcance.

Por otra parte, cuando una mujer está enferma y lo sabe, y, además, tiene necesidad de seguir ejerciendo el oficio, en la forma en que se llevan a cabo estos imaginarios reconocimientos, puede, si quiere, pasar por el espéculo sin que el médico pueda advertir la presencia del mal: no tiene más que llegar a última hora del reconocimiento, para encontrar al médico asqueado y dolorido de la ineficacia de su gestión y del cansancio natural de una labor pesada y desagradable.

Con esto no queremos pensar, ni remotamente siquiera, en la negligencia de esta sufrida clase de facultativos: lo que ocurre es que para efectuar una investigación minuciosa, como requiere el interés de la salud pública, no dispone ni de medios ni de tiempo, ni las condiciones del trabajo le produce el más mínimo entusiasmo.

Además, ocurre otra cosa: la mujer que sabe que está enferma, no tiene más que trasladarse de residencia por unos días, para escapar a la investigación de todas las autoridades. En las grandes ciudades es muy frecuente verlas marchar hacia los pueblos inmediatos, donde siempre encuentran un sitio para seguir ejerciendo la profesión, hasta que han logrado curarse, si es que lo consiguen, de paso que van dejando huella de sus amorosas disposiciones en los infelices que se apresuran a gozar de los encantos de la "nueva". En las capitales de provincia ya necesitan de un permiso especial para ausentarse; pero como en esto no intervienen las autoridades sanitarias, resulta que pueden, con la mayor facilidad, sembrar su mal a manos llenas.

No cabe duda que la reglamentación es un mito grosero y brutal que no resuelve ningún problema y con el que se ha protestado siempre. Recientemente, en el Ateneo de Madrid se discutió el asunto del abolicionismo y la reglamentación, pero este torneo oratorio no produjo la menor consecuencia favorable a los intereses de la sociedad: se acordó seguir en el mismo estado, o sea en el más deplorable. Verdaderamente, mientras el problema esté en manos de los ateneístas, no será posible retornar a los tiempos de Grecia...

El abolicionismo de la prostitución como institución reglamentada, parece ser un principio de solución en lo que afecta a las enfermedades venéreas. En Inglaterra, Suecia, Noruega, Dinamarca, Estados Unidos y otros países donde la prostitución no existe de una manera oficial, esto es, reglamentada por el Estado, parece ser que se ha reducido notablemente el número de mujeres dedicadas a este oficio, y el de enfermedades venéreas también.

Claro es que si la reglamentación no existe y la prostituta es libre de comerciar con su cuerpo sin que obligatoriamente haya de someterse al control sanitario, lo menos que puede pensarse que ocurre es un acrecentamiento en la difusión de las dolencias sexuales. En efecto, en España, por ejemplo, lo lógico, desgraciadamente, sería eso: que la proporción de sifilíticos y blenorrágicos aumentase de una manera terrible, porque para que esto no ocurriera ten-

dríamos necesidad de reconocer que el nivel cultural de los individuos alcanzaba la misma altura que en los países citados.

Si indudablemente las enfermedades venéreas han quedado reducidas en esos pueblos en un cincuenta por ciento, es porque el problema ha sido enfocado adoptándose todo género de medidas, empezando por la educación sexual y por la destrucción de los antiguos prejuicios que pesaban sobre el sexo. Entre nosotros no es posible esperar una transformación absoluta de las costumbres, y eso que se está haciendo lo posible por conseguirlo. Lo primero que es preciso instituir en la conciencia del ciudadano es el reconocimiento sincero de que una enfermedad sexual no es, como quieren decir los moralistas ascetas, la *purgación* del pecado de gozar del sexo fuera de la institución conyugal; la blenorragia se denomina *purgación* en virtud de este criterio ascético. Ese concepto brutal de que las enfermedades venéreas hayan de ser "secretas" ha producido más víctimas de lo que parece; son numerosos los jóvenes que habiendo adquirido una dolencia de esta naturaleza se han visto obligados a guardar su "secreto", por temor a incurrir en la injusta iracundia de sus mayores, no consiguiendo otra cosa que agravar el mal e incluso hacerle incurable.

En esos países existe, además, el tratamiento obligatorio de estas enfermedades, y por si ello fuera poco, el contagio se considera como un delito que es severamente penado por los Códigos, con multas o prisión, según los casos. Por otra parte, de acuerdo con esos principios de educación sexual, a los jóvenes se les instruye acerca de los preventivos que deben emplearse en la cohabitación con prostitutas. Esta propaganda se lleva a cabo por medio de conferencias, libros, prospectos y cuantos recursos son susceptibles de aportar la máxima eficacia en la divulgación de tan importantísimos conocimientos.

Incluso se instruye a los jóvenes acerca de la sintomatología de las dolencias sexuales, tanto en lo que respecta a su investigación en la mujer como en lo que puede observarse en uno mismo.

La prostituta tiene a su disposición clínicas completamente gratuitas, en las que son atendidas con el mayor ciudado; pero también hay tribunales que castigan con el mayor rigor a las mujeres que hallándose enfermas no acuden a dichos establecimientos, e incluso a aquéllas que no toman las precauciones profilácticas dictadas por las autoridades sanitarias, lo que debe efectuarse de una forma semejante a la descrita al hablar de la prostitución en el quilombo bonaerense.

Claro es que esto no es luchar contra la prostitución ni es el medio más radical para destruirla. La teoría de que la reglamentación supone una forma de esclavitud femenina, es posible que desaparezca, ya que la prostituta no está obligada a someterse al control policíaco y sanitario; pero, por otra parte, no deja de existir su sumisión al hombre, y su moral tampoco se modifica en nada, de donde se deduce que lo único que se consigue es atenuar la producción de focos de contagio venéreo.

En definitiva, como vemos, todas estas reformas siguen perteneciendo al área de lo artificioso, de lo que no es natural, y, por lo tanto, tales medidas servirán sólo para atenuar el mal en su acepción física, pero muy difícilmente se logrará lo mismo en el aspecto moral. Esta segunda parte acabará de ser suprimida, al menos en sus aspectos más crudos, cuando la elevación del nivel moral y económico de los pueblos represente una verdadera garantía para la sólida emancipación de la mujer, y, por otra parte, cuando sea posible reconocer que los sistemas impuestos por la tradición en la práctica de las relaciones sexuales no se ajustan, ni con mucho, a las verdaderas necesidades biológicas de la humanidad civilizada, más en desacuerdo con estas leyes que los salvajes de los pueblos más remotos del universo.

INDICE

Páginas

PROLOGO DEL TEMA 5

HISTORIA DE LA PROSTITUCION

Definición. — Desarrollo de la prostitución profesional. — En los pueblos salvajes. — En la antigua Babilonia. — La prostitución religiosa en Grecia. — Los primeros prostíbulos. — Clase de prostitutas. — Todo está igual... — En Roma. — La historia de Rómulo y Remo. — El rapto de las Sabinas. — Cómo funcionaban los lupanares. — Las raíces de la prostitución actual. — La procreación. — Como factor del matrimonio. — En Oriente. — Ensayos de reglamentación. 9

VENTAJAS E INCONVENIENTES

Cómo surgió la prostitución. — Diferencias entre los sexos. — Razones. — La prostitución se basa en la Naturaleza. — Justificación moral. — Actitud de San Agustín. — Moralidad e inmoralidad. — Literatura sobre las prostitutas. — Aceptación del "mal necesario". Actividad procreadora y madurez sexual. — La prostituta y el soltero. — Los casados. — El lupanar antiguo y el sistema moderno. — La prostitución clandestina. — Su práctica en Madrid 27

PSICOLOGIA DE LA PROSTITUTA

Las teorías de los italianos. — Factor biológico de la prostitución. — Singularidades de la prostituta italiana. — La prostituta no es siempre inmoral. — Sus vicios y sus virtudes. — Su pudor en relación con su vida. — La mala educación, base y motivo. — La miseria y el afán de lujo. — Las muchachas del servicio doméstico. — El temperamento sexual de la prostituta. — Un caso. — Sus necesidades espirituales. — La homosexualidad entre ellas 45

COMO SE EJERCE LA PROSTITUCION EN TODO EL MUNDO

En los grandes hoteles.—La prostituta del transatlántico. — En Madrid y en Barcelona. — En París. — De los burdeles a las fortificaciones. — La organización